

más allá de las casas

familias, linajes y comunidades en la protohistoria peninsular



Alonso Rodríguez Díaz
Ignacio Pavón Soldevila
David M. Duque Espino
(Editores)



JUNTA DE EXTREMADURA
Consejería de Economía e Infraestructuras



Patrocinadores de la edición:

Servicio de Publicaciones de la UEX

Ayuda GR15010. Consejería de Economía e Infraestructuras de la Junta de Extremadura. Secretaría General de Ciencia, Tecnología e Innovación.

© Los autores.

© Universidad de Extremadura para esta 1ª edición.

Edita:

Universidad de Extremadura. Servicio de Publicaciones

C/ Caldereros, 2 - Planta 2ª. 10071 Cáceres (España)

Tel. 927 257 041 ; Fax 927 257 046

E-mail: publicac@unex.es

<http://www.unex.es/publicaciones>

I.S.B.N.: 978-84-9127-021-8.

Depósito Legal: CC-023-2018.

Impreso en España - *Printed in Spain*

Maquetación e impresión:

Control P. 927 233 223. estudio@control-p.eu

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
¿SOCIEDAD DE CLASE O... “SOCIEDAD DE CASA”? REFLEXIONES SOBRE LA ESTRUCTURA SOCIAL DE LOS PUEBLOS DE LA EDAD DEL HIERRO EN LA PENÍNSULA IBÉRICA	13
<i>Marisa Ruiz-Gálvez Priego</i>	
GENEALOGÍA, MATRIMONIO Y RESIDENCIA EN EL PROCESO POLÍTICO DE LOS IBEROS DEL ALTO GUADALQUIVIR	41
<i>Arturo Ruiz Rodríguez, Manuel Molinos Molinos</i>	
ENTRE CASAS Y COMUNIDADES: FORMAS DE ORGANIZACIÓN Y RELACIÓN SOCIAL EN EL ÁREA ORIENTAL DE LA PENÍNSULA IBÉRICA (SIGLOS V-II A.N.E.)	73
<i>Ignasi Grau Mira, Jaime Vives-Ferrándiz Sánchez</i>	
CASAS, FAMILIAS, LINAJES, COMUNIDADES... EL CASO DEL MUNDO IBÉRICO SEPTENTRIONAL	111
<i>M.^a Carme Belarte Franco</i>	
DINÁMICAS ECONÓMICAS Y GRUPOS DOMÉSTICOS EN ÁREAS DE CONTACTO DEL SUROESTE IBÉRICO (SIGLOS X-VIII AC): UNA PERSPECTIVA “DESDE ABAJO”	139
<i>Ana Delgado Hervás</i>	
ALL IN THE FAMILY...: COMUNIDADES RURAIS NO TERRITÓRIO CENTRO ALENTEJANO NA IDADE DO FERRO ANTIGA (SÉC. VI-V A.C.)	171
<i>Rui Mataloto</i>	
FAMILIAS, LINAJES Y “GRANDES CASAS” EN LA “EXTREMADURA TARTÉSICA” ..	209
<i>Alonso Rodríguez Díaz, Ignacio Pavón Soldevila, David M. Duque Espino</i>	

LAS CASAS DEL FIN DEL MUNDO: EL ESPACIO DOMÉSTICO DE LA EDAD DEL HIERRO EN EL NOROESTE.	265
<i>Xurxo M. Ayán Vila</i>	
DE CABAÑAS A CASAS. ESTRATEGIAS SOCIALES EN LA PREHISTORIA FINAL DE LA MESETA (1400-400 AC)	295
<i>Antonio Blanco González</i>	
CASAS, “HOGARES” Y COMUNIDADES: CASTROS Y <i>OPPIDA</i> PRERROMANOS EN LA MESETA.	327
<i>Gonzalo Ruiz Zapatero</i>	
CONCLUSIONES.	363
<i>Ignacio Pavón Soldevila, Alonso Rodríguez Díaz, David M. Duque Espino</i>	

FAMILIAS, LINAJES Y
“GRANDES CASAS” EN LA
“EXTREMADURA TARTÉSICA”

ALONSO RODRÍGUEZ DÍAZ*
IGNACIO PAVÓN SOLDEVILA*
DAVID M. DUQUE ESPINO*



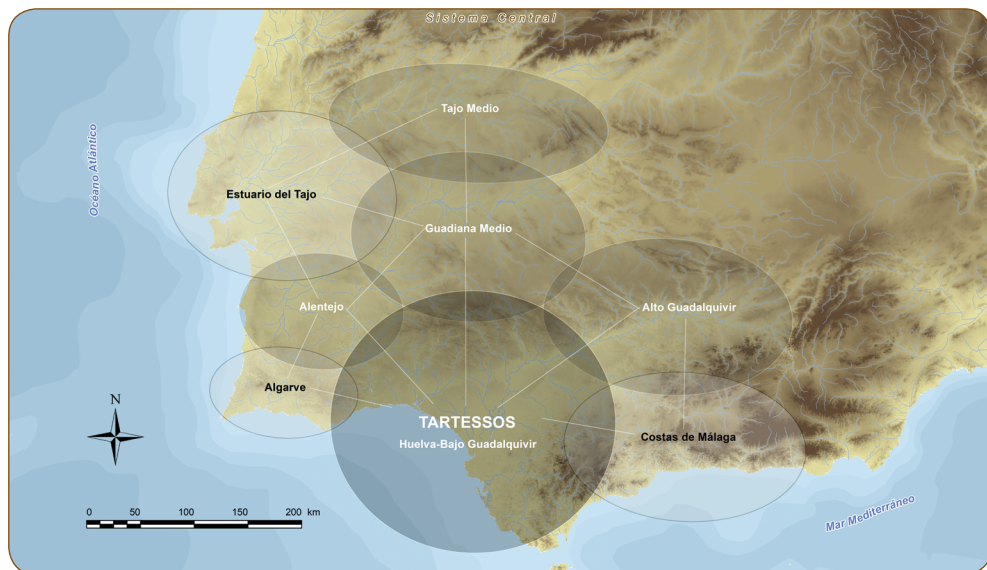
más allá de las casas. Cáceres, 2018, pp. 209-264

* Universidad de Extremadura.

Pocos aspectos relacionados con Tartessos escapan a la controversia, bordeando a veces la confusión. Es el caso, a nuestro juicio, de los que conciernen a sus borrosos límites espacio-temporales. En términos generales, los textos antiguos y la arqueología coinciden en situar el núcleo tartésico en el actual triángulo Cádiz-Sevilla-Huelva y fijar su periodo de esplendor durante los siglos orientalizantes (VIII-VI a.C.), entre una etapa de relaciones atlántico-mediterráneas previas a la colonización fenicia y un final tan impreciso como discutido (Escacena, 1993 y 1995; Alvar y Blázquez, 1993; Torres, 2002; Ruiz-Gálvez, 2005, 2013 y 2014a; Gómez, 2007 y 2017; Celestino *et al.*, 2008; Gómez y Campos, 2008; Delgado, 2013; etc.). Asimismo, una lectura más afinada de la “geografía tartésica” obliga a caracterizar, más allá de su área nuclear, la naturaleza e intensidad de sus relaciones con los territorios vecinos del actual sur de Portugal, alto Guadalquivir o Extremadura... y de todos ellos entre sí. Como parte del poliédrico debate tartésico, es sabido que dichos ámbitos son considerados por algunos autores como áreas de expansión comercial e incluso de colonización (Blanco Freijeiro, 1956; Cuadrado, 1956; García Bellido, 1960: 18-19; Celestino, 2005: 777 y 2016; Torres, 2005; Almagro Gorbea *et al.*, 2008b: 1.055-1.059); y por otros, “esferas de interacción” (Aubet, 1990) o “periferias” dinámicas bien estructuradas internamente (Rodríguez Díaz y Enríquez, 2001).

A nuestro entender, esta última percepción es la que –con los oportunos matices que las novedades arqueológicas introducen– mejor se aviene a la diversidad regional (ecológica, socioeconómica, política y etnocultural) que distingue el suroeste peninsular durante la primera mitad del I milenio a.C. Por ello, desde hace algún tiempo venimos identificando este espacio con una suerte de “sistema” o “red regional” de naturaleza abierta, ramificada y expansiva, conformada por el núcleo tartésico y una aureola de periferias diversas, cuya singularidad e identidad parecen radicar en las distintas respuestas dadas por las poblaciones locales y sus élites a los intercambios, encuentros y desencuentros tartésico-mediterráneos en función de sus tradiciones y contextos geográficos y socioeconómicos (Aubet, 1984: 446; Rodríguez Díaz, 2014). De forma abreviada, podría decirse que tal abanico de respuestas se traduciría en las diferentes caras que muestran los pro-

cesos urbanos, el ruralismo, la estructura social y productiva o la ideología que marcaron el tiempo del Tartessos de Argantonio y las realidades políticas de sus periferias (Fig. 1, A).



A



B

Fig. 1. A) Tartessos y sus periferias, una ramificada “red” regional; B) La “periferia extremeña”: dialéctica “jerarquía-heterarquía” en el ciclo histórico Bronce Final-Hierro I.

Desde tal concepción de la complejidad y la diversidad de Tartessos, en esta ocasión abordaremos el proceso histórico del hoy territorio extremeño, acreditado como una de sus periferias señeras. A diferencia de las propuestas jerarquizadoras de evolución acumulativa hasta hace poco dominantes en la protohistoria regional –y peninsular–, la nuestra viene desarrollándose en un marco dialéctico “jerarquía-heterarquía” que nos resulta más versátil para explicar su singular devenir histórico en el ramificado panorama del suroeste tartésico (Rodríguez Díaz, 2009 y 2014; Rodríguez Díaz *et al.*, 2010 y 2016) (Fig.1, B). Fieles a ello, bajo esa suerte de paraguas “jerarquía-heterarquía”, nuestra contribución a esta obra se centrará en los diferentes modelos organizativos que se sucedieron y/o coexistieron en la “Extremadura tartésica” a lo largo del ciclo “Bronce Final-Hierro I” y su estrecha relación con el origen, desarrollo y colapso de las relaciones clientelares en esta zona. En este sentido, desde una posición flexible y posibilista, exploraremos también las convergencias y divergencias entre dicho marco explicativo y el de las “Sociedades de Casa” de Lévi-Strauss (1979) (González Ruibal, 2006 y 2009; Ruiz-Gálvez, 2013; Vives-Ferrándiz, 2013; González Ruibal y Ruiz-Gálvez, 2016; Ruiz *et al.*, 2016), en la línea avanzada en otros trabajos (Rodríguez Díaz *et al.*, 2015 y 2017a).

1. EL BRONCE FINAL Y EL TRÁNSITO AL PERIODO ORIENTALIZANTE

Como ya se ha anticipado, el proceso formativo de Tartessos constituye uno de los problemas más controvertidos de la investigación protohistórica peninsular, existiendo visiones diametralmente contrastadas de sus orígenes en el ámbito nuclear de Andalucía occidental, que, por suficientemente conocidas, no vamos a desgranar aquí (Escacena, 1995; Gómez y Campos, 2008; Gómez, 2009; etc.). En relación con ello, el debate en torno a las continuidades y rupturas que afectan al poblamiento entre la segunda mitad del II milenio y los primeros siglos del I milenio a.C. puede trasladarse también al ámbito sociopolítico, donde el estudio de la ideología funeraria ha identificado novedosos aspectos como la “desmonumentalización” de la arquitectura funeraria, el predominio absoluto de objetos metálicos de prestigio (como armas y adornos personales) y, desde una perspectiva simbólica, la sublimación de la figura del guerrero (García Sanjuán, 2006: 166). Un contexto en el que, paralelamente, también las mujeres de alto rango evidencian nítidamente su importante papel en los mecanismos de acceso al poder y la jerarquía social (Ruiz-Gálvez, 1992: 236). De todo ello nos ocuparemos a continuación, si bien centrándonos en el registro del ámbito extremeño (Fig. 2).

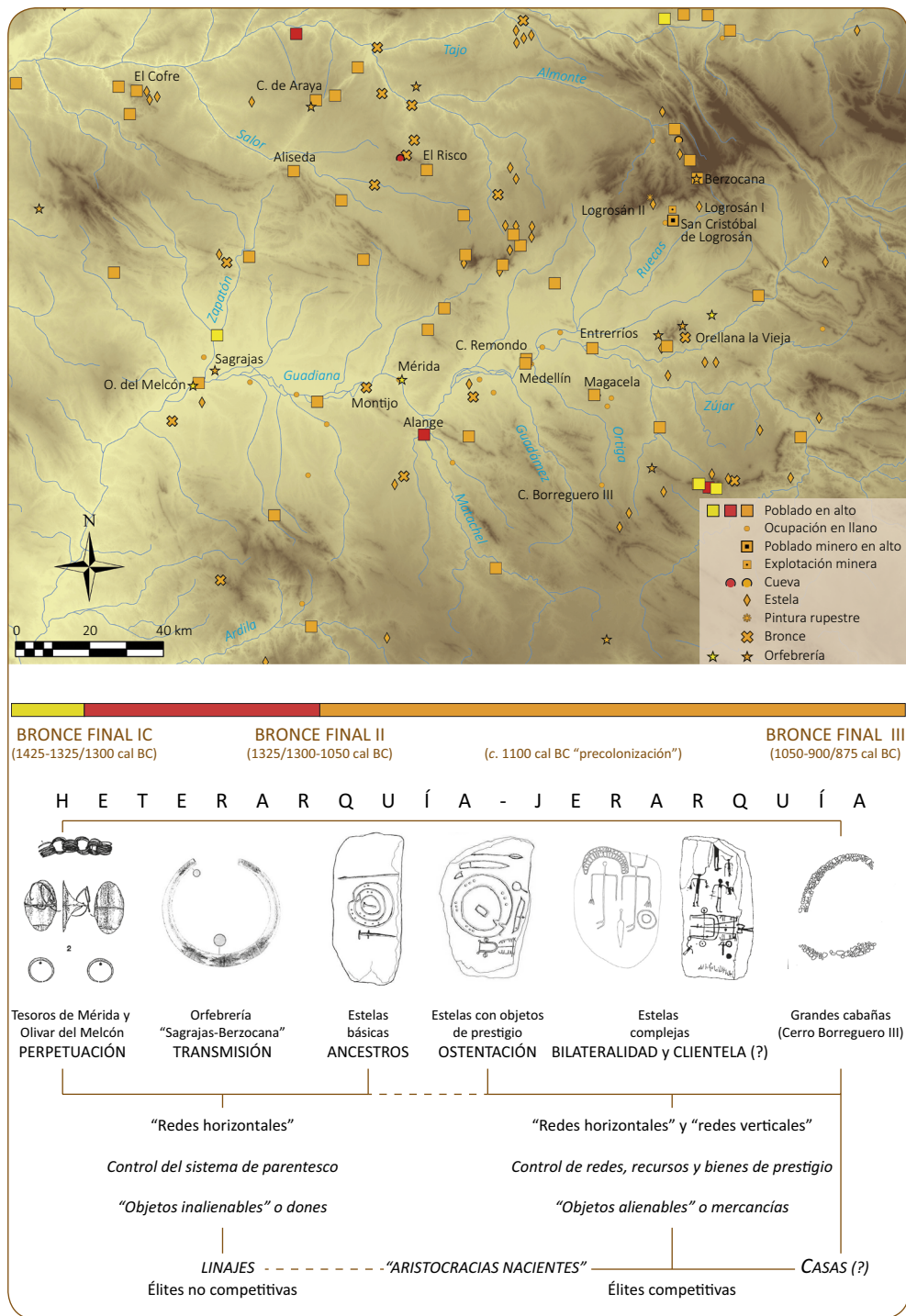


Fig. 2. El Bronce Final: poblamiento y modelos sociales.

1.1. FAMILIA Y LINAJE EN EL FINAL DEL BRONCE EXTREMEÑO: OROS, BRONCES Y PIEDRAS GRABADAS

Los momentos previos a la integración como periferia tartésica del actual territorio extremeño se identifican con el comienzo de un Bronce Final que, si bien aún conocido en líneas muy generales, se contempla a partir de la evolución de un sustrato culturalmente vinculado al Bronce del Suroeste y al mundo Protocogotas, en un gradiente SO-NE que muestran los restos materiales documentados¹. En dicha evolución, que arqueológicamente queda caracterizada en sus elementos materiales más cotidianos y conocidos sobre todo por las cerámicas de Cogotas I, se reconocen suficientes procesos novedosos, aunque diferencialmente manifiestos a nivel espacial. Entre ellos, sin duda, ocupa un lugar muy destacado la desaparición de las necrópolis de cistas –con acaso alguna excepción, al norte de la región– y la invisibilidad que empieza a afectar al mundo funerario, lo que dificulta la reconstrucción de las relaciones sociales y de la concepción familiar desde un punto de vista empírico. Igualmente, es reseñable el enrarecimiento estratigráfico en los hábitats, con una discontinuidad más aparente en el Guadiana que en el Tajo, donde se entrevé la progresión de las influencias meseteñas (Pavón y Duque, 2014; González Cordero, 2015; Pavón *et al.*, 2017: 95-96).

Más allá de ello, la cara más visible de este momento es la que ofrecen una serie de ítems de prestigio, por lo general hallazgos aislados, que nos advierten a un tiempo de la perduración de las formas de exhibir el poder y la emergencia de probables linajes, una vez consolidada desde comienzos del Bronce la familia nuclear. Nos referimos, en concreto, a los “tesoros” de Mérida y Olivar del Melcón (Badajoz) (Almagro Gorbea, 1977: 35-38; Enríquez, 1995 y 2017: 93-98), adscritos a posibles sepulturas infantiles de élite por cuanto se componen de piezas en metales nobles que reproducen a pequeña escala otras de mayor tamaño. En estas mismas claves podría valorarse la pequeña hoja de bronce con remaches y empuñadura de oro procedente del Cerro del Castillo de Alange (Pavón, 1998: 126; Pavón y Duque, 2014: 57), que asimismo ha sido situada en el origen de los procesos de construcción de la identidad y el poder (Perea, 2005: 92-94). Todas ellas pueden vincularse a la emergencia de ciertas familias o linajes de élite que, mediante la integración de los niños en su visualización social, manifestarían posiblemente la importancia concedida a los sistemas de parentesco en las prácticas sociales y en las relaciones sociopolíticas.

¹ Al margen de propuestas anteriores, signadas en fechas convencionales, adoptaremos como marco en este apartado las balizas calibradas para el Bronce Final ofrecidas por A. Mederos (1997): BF-I (1625-1325/1300 cal BC), BF-II (1325/1300-1050 cal BC) y BF-III (1050-900/875 cal BC).

En este mismo sentido, hay que reconocer a estos grupos emergentes del suroeste interior su capacidad de integrar y atesorar bienes o símbolos de carácter exótico en sus discursos de poder. Es el caso del Tesoro de Bodonal, a caballo entre el Bronce Final I-II, cuyas diecinueve piezas de oro macizo rotas o deformadas permiten recomponer tres lingotes con forma de brazaletes y varias torques con decoración incisa comparadas con otras irlandesas, datadas entre 1300-1000 cal BC (Almagro Gorbea, 1977: 47; Díaz-Guardamino, 2010: 242). Unos objetos que, además, sugieren la temprana inclusión de estas élites en las redes atlánticas (Ruiz-Gálvez, 1984 y 1998) y la incorporación de su lenguaje ornamental geométrico en el acervo simbólico del prestigio, especialmente en el caso de las torques. No en vano, estas se han puesto en relación con toda una tradición de adornos áureos de cuello femeninos, rastreable, además de en piezas reales como la torques de paletas del Viso (valle del Zújar), en los motivos semicirculares concéntricos bajo el rostro de algunas estelas del noroeste y de la primera serie de estelas “con tocado” o diademadas, adscrita al Bronce Pleno por Díaz-Guardamino (2010: 240-242). Este detalle podría refrendar a la vez la antigüedad del origen de los linajes, el importante papel desempeñado en ellos por la figura femenina enjoyada y hasta el rol jugado por piezas de procedencia foránea en la actualización de las prácticas de transferencia y regeneración. Estos elementos de prestigio han comenzado a valorarse, de un tiempo a esta parte, como “objetos con biografía”; es decir, como ítems portadores de una serie de connotaciones significativas o simbólicas derivadas de las interacciones sociales que a lo largo del tiempo se dan entre las personas y dichos objetos (Kopytoff, 1986; Appadurai, 1986; Gosden y Marshall, 1999: 169). Es tal el valor que dicha biografía les confiere, que estas piezas podrían haber llegado a lo largo de la protohistoria a desempeñar un papel significativo en la construcción y proyección de las genealogías y, por tanto, en la legitimación del poder (Ruiz-Gálvez, 2005; Armada, 2006-07; González Ruibal, 2007; etc.).

Pero, además de la perpetuación (los infantes) y la transmisión (la mujer), no debe olvidarse, pese a lo ya indicado, el papel de los antepasados en el refrendo de estas élites. En este sentido, uno de los elementos más potentes lo constituyen, según algunos autores, las estelas de guerrero. Las primeras de estas estelas (las tipificadas como “básicas” por la sola presencia de representaciones de lanzas, escudos y espadas), en nuestra opinión vinculadas ideológicamente con las estelas alentejanas de cronología anterior, nos sitúan tras la pista de ciertos procesos de continuidad en el plano de la proyección ideológica, ahora masculina, del poder (Pavón, 2010: 81). Unas estelas que, en este momento, expresan sobre todo la sublimación del factor guerrero; pero que, en su polisemia, se han vinculado según diversos autores a los “rituales de ancestros” (Ruiz-Gálvez y Galán, 1991; Harrison, 2004: 114-117; Bueno *et al.*, 2005: 631-635).

Al margen de la conexión de estos ítems con el control y explotación de los recursos agropecuarios y, sobre todo, minero-metalúrgicos que algunos estudiosos proponen (Almagro Gorbea, 1977: 489), no sería desatinado valorarlos en función de su uso en los mecanismos de control del sistema de parentesco, a través de las relaciones sociales y la ideología. Sobre este particular, algo de luz puede aportar la aplicación reciente del concepto de “objeto inalienable” (Weiner, 1992) en la protohistoria del suroeste. Según A. Delgado (2013: 319-320), dichos objetos inalienables aludirían a elementos utilizados en ceremonias de legitimación y conmemoración para representar y comunicar identidades individuales y colectivas que desarrollan un papel crucial en el mantenimiento del *statu quo* social. Se trata de objetos que, en general, no circulan comercialmente, sino que se transmiten con sus propias biografías de generación en generación a través de vínculos de parentesco; y cuando circulan, funcionando como dones excepcionales y en circunstancias especiales, lo hacen en el contexto de redes sociales limitadas, o de élite, y entre individuos conectados por vínculos personales o socioeconómicos en un entorno de redes horizontales, relaciones de reciprocidad o de “don/contra-don” (Ruiz y Molinos, 2007b: 169). Esta es la consideración que, a juicio de esta autora, podrían tener en teoría los objetos atlánticos (y más tarde mediterráneos) que comenzarían a sumarse en las estelas de guerrero en torno a 1200 cal BC; pero también la que se entrevé acaso en algunos bronzes –como la espada pistiliforme de Montijo, asociada a un curso fluvial y contexto presumiblemente ritual, fechada hacia 1200-1130 cal BC (Brandherm, 2007: 37-38)– y hasta en los tesoros áureos del tipo “Sagrajas-Berzocana”.

Sobre estos últimos ya A. Perea (1991: 126) apuntó su posible transmisión por derecho o fuerza en ámbitos restringidos, y M. Díaz-Guardamino (2010: 244-246) ha subrayado más recientemente cómo hay aspectos que sugieren que las torques jugaron un papel social relevante no solo por la cantidad de oro que acumulaban, sino en especial por los significados asociados a las torques mismas en su morfología, decoración y, posiblemente, en su biografía. Así, la composición personalizada de cada conjunto (que integra aros con decoración exclusiva y brazaletes –de nuevo– en distinto número, como se aprecia en los casos de Sagrajas, Valdeobispo y Berzocana) denotaría su papel como elemento identitario de un personaje o grupo de parentesco, de manera que cada conjunto pudo haberse configurado diacrónicamente mediante la adición de piezas nuevas a otras antiguas ya acumuladas, hasta convertirse en auténticas reliquias; acaso las “reliquias del linaje”. Un interesante proceso, según Díaz-Guardamino, de preservación/acumulación y de reproducción/estructuración social que sintoniza bien con el amplio *decalage* cronológico –entre 1600-900/800 cal BC– al que globalmente nos llevan las dataciones propuestas por los diversos especialistas (Almagro Gorbea, 1977: 26-34 y 59; Kalb, 1991: 190; Ruiz-Gálvez, 1984; etc.). Como reconocieran Gosden y

Marshall (1999: 173), los dones, en las sociedades basadas en las relaciones parentales, están orientados a la producción de sociabilidad a través de la creación y mantenimiento de vínculos sociales. Un vínculo entre dador y receptor en el que la cualidad intrínseca del don es la inalienabilidad, bien distinta de la alienabilidad que, por el contrario, caracterizará a las mercancías; siendo ambos –dones y mercancías– medios muy diferentes de crear y mantener biografías.

1.2. EL TRÁNSITO A UNA NUEVA ECONOMÍA: POBLAMIENTO Y MINERO-METALURGIA

Ya adentrado el Bronce Final II, aproximadamente en torno a 1100 cal BC, coincidiendo con una intensificación de las interacciones atlántico-mediterráneas, se produjo un cambio apreciable con la progresiva sustitución de los dones o regalos por mercancías. Esta coyuntura “precolonial”, entendida como una sinergia económica donde Chipre, Cerdeña y las poblaciones del propio Mediterráneo occidental juegan un papel relevante, coincide *grosso modo* con la implantación paulatina de un marco de redes verticales en el acceso a determinados productos, impulsada por la mayor disponibilidad de los objetos (y, en consonancia, la depreciación de su valor simbólico) que antes venían empleándose horizontalmente como legitimadores sociales. Este nuevo escenario mercantil –costero en un primer momento (Delgado, 2013: 321)–, preluiría posteriores adaptaciones en los modelos socioeconómicos del interior. Se trata de un estadio, ahora sí, en el que el poder se sustentaría más evidentemente en el control de las fuentes y redes de bienes subsistenciales y lujosos, como se infiere tanto del mayor número de asentamientos registrado como de los datos paleoeconómicos.

Es, en efecto, durante este periodo cuando en las cuencas extremeñas del Tajo y Guadiana afloran numerosos poblados en alto, ubicados preferentemente en zonas de paso o próximos a recursos potenciales destacables: Alange y Medellín (ambos ocupados anteriormente²), Entrerríos, Magacela, Aliseda, El Risco, El Cofre, Cabezo de Araya, etc. (Pavón, 1998: 90). El control de redes de comunicación, puertos y vados habría de ser crucial para el trasiego secular de ganados, materias primas valiosas y los objetos de metal que venían aportando el prestigio necesario sobre el que cimentar las relaciones sociales y las alianzas entre las propias élites (ya mediante el intercambio recíproco de dones, ya por vía matrimonial entre parejas de distintos grupos); pero

² En Alange, tras la intensa ocupación del Bronce Pleno, se dispone de una datación *c.* siglo XIV cal BC, ya en el Bronce Final IC (Pavón y Duque, 2014: 45). En Medellín, se ha detectado también una ocupación de hacia los siglos XII-XIII cal BC, pero ciertos problemas de su estratigrafía aconsejan no obstante aceptarla con prudencia. Una muestra del grado de alteración que ofrece la estratigrafía de su corte SMRO es que fragmentos de un mismo vaso decorado con incrustaciones de botones de bronce se han encontrado dispersos en unidades estratigráficas situadas a lo largo de las tres fases de su secuencia protohistórica (Jiménez y Guerra, 2012: 74-75 y 88).

que a partir de un determinado momento será esencial también para el éxito en la incipiente práctica del mercadeo. En las regiones atlánticas vecinas, como por ejemplo la Beira interior o el Tajo medio portugués, donde se entrevé una cierta sintonía de prácticas compartidas, para el origen de poblados y fenómenos similares se ha propuesto una cronología de en torno a los siglos XIII-XII cal BC (Vilaça, 1998: 206; Delfino *et al.*, 2014: 191); pero en Extremadura, acaso por su mayor relación con el suroeste costero y el núcleo tartésico, tal vez sea algo posterior.

Pese a sus diferencias cronológicas, un aspecto compartido de los poblados extremeños y sus vecinos portugueses es la ausencia inicialmente de procesos de territorialización complejos, compatible con simples “comunidades de paso”, todas de igual rango y con capacidad para controlar las rutas, pero no las zonas ajenas a ellas, dentro de una estructura política heterárquica o descentralizada y un marco socioeconómico aún de reciprocidad dominante (Pavón y Rodríguez Díaz, 2007: 18). Por ello, en el comienzo del proceso no vislumbramos una situación muy diferente; es decir, la hegemonía de unas élites aún “no competitivas” –siguiendo la terminología de Barceló (1992)– y cimentadas en el capital simbólico de sus linajes y objetos de prestigio. Sin embargo, algo parece cambiar aquí, como se ha apuntado para el resto del suroeste (Delgado, 2013: 320), aunque con matices, a partir de las novedades económicas que acompañarían al denominado “horizonte precolonial” y, más concretamente, desde el momento “Ría de Huelva”.

Entre las piezas “extremeñas” más expresivas de este periodo se encuentran un escaso conjunto de objetos tangibles y otros más que progresivamente irán representándose en las estelas de guerreros. Entre los primeros están, por ejemplo, los tres asadores articulados de Orellana la Vieja que, aunque descontextualizados, remiten a actos de comensalidad. Mención especial merece la conocida pátera chipriota del Tesoro de Berzocana, asociada en su controvertido hallazgo a dos torques y un desaparecido brazalete del tipo “Sagrajas-Berzocana” (Duque *et al.*, 2017). No es descabellado pensar que su presencia en Las Villuercas pudo responder a pactos o alianzas ligadas a relaciones de larga distancia a través de diversos intermediarios, dotando a sus poseedores de una plusvalía de capital simbólico, en tanto que objeto con biografía (Armada *et al.*, 2008: 491).

Fuera así o no, la relativa cercanía del Tesoro de Berzocana a la explotación filoniana de la casiterita en el Cerro de San Cristóbal de Logrosán³ abre la posibilidad de relacionar una pieza tan señera, genéricamente, con el control de la intensa actividad extractora de estaño y su comercialización, constatada arqueológicamente entre los

³ Proyecto HAR2014-52922-P “Arqueología y recuperación de un paisaje minero: la explotación tartésica del estaño en San Cristóbal de Logrosán (Cáceres)”, Plan Nacional I+D+I Excelencia del MINECO. www.logrotin.com.

siglos IX-VII a.C. (en fechas no calibradas) (Rodríguez Díaz *et al.*, 2001, 2013 y 2014b). La abundante documentación de rebabas, de algunos objetos de bronce para reciclar –ya desposeídos de su valor inalienable y convertidos en chatarra⁴– y, en general, la actividad minero-metalúrgica en Logrosán y su probable salida hacia Medellín siguiendo el curso del Rucas es consecuente con la intensificación de la circulación de metales peninsulares en el Mediterráneo y su mercantilización. Una coyuntura que se viene situando a lo largo del siglo X cal BC y durante la presencia fenicia en Iberia (en especial durante el siglo VIII cal BC). Esta intensa actividad minero-metalúrgica en Logrosán, paralela a la que se dio en el suroeste tartésico, debió de estar controlada por las “viejas” élites locales, como se infiere del referido Tesoro de Berzocana y las estelas recuperadas en su entorno (Logrosán I y II) (Celestino, 2001a: 350-351). Tal vez a ello contribuyera la facilidad para “monopolizar” esta explotación, ubicada en un *stock* granítico muy circunscrito y controlable, visualmente destacado desde largas distancias, que la aleja del carácter más disperso de otras manifestaciones mineras suroccidentales, cuyo beneficio se ha considerado vinculado a grupos domésticos no elitistas, en un momento de cambio social (Delgado, 2013: 326).

1.3. UNA SOCIEDAD EN TRANSFORMACIÓN: EN BUSCA DE LAS CASAS

En el telón de fondo de esta eclosión económica se ha advertido que los antiguos grupos de élite adoptaron una nueva condición más “competitiva” y perseguidora del beneficio económico (Barceló, 1992). Un contexto economicista en el que, de forma paralela, se ha planteado el origen de los sistemas clientelares, que tan amplio recorrido tendrán en la protohistoria meridional (Ruiz, 1997 y 2000; Ruiz y Molinos, 2007a y 2007b: 160); y en los que, tal vez, podrían observarse también algunos rasgos de los que se adscriben a las “Sociedades de Casa”, conceptuadas por Lévi-Strauss (1979) y rastreadas recientemente en la pre y protohistoria mediterráneas (González Ruibal y Ruiz-Gálvez, 2016, con bibliografía).

Respecto al origen de la clientela, son varios los autores que lo sitúan hacia el final de la Edad del Bronce o comienzos del Hierro, bien en un contexto caracterizado por la acumulación de excedentes ganaderos (Mederos y Harrison, 1996), bien en relación con la integración de las élites locales interiores en la dinámica

⁴ En este mismo sentido cabría referir el depósito de Cabezo de Araya, conformado por restos de piezas muy heterogéneas, entre las que destaca un fragmento de espada tipo “Ewart Park/Vénat/Sa Idda”, c. 930-750 cal BC (Brandherm, 2007: 17), y hasta el trozo de un posible brazalete de oro (Almagro Basch, 1961; Ruiz-Gálvez, 1984: 44bis); es decir, ítems que en momentos previos venían apareciendo en los contextos exclusivos y posiblemente ritualizados más propios de los objetos inalienables.

económico-mercantil impulsada por los colonizadores orientales y las gentes de Tartessos. En este nuevo marco social personalizado por la reformulación del orden parental vigente hacia relaciones de dependencia (si bien envueltas en el lenguaje del parentesco), la cara más visible del personaje de élite no será ya la guerrera, sino la de “ostentador de riqueza” (Ruiz, 1997: 63; Ruiz y Molinos, 2007b: 170-171). Aunque a veces se ha querido ver en ciertos elementos de las estelas (fíbulas, espejos, peines...) una expresión de ello y se ha apuntado a los fenicios como sus principales abastecedores, no es improbable una procedencia mediterránea previa. Asimismo, dentro de las mismas estelas complejas, en ocasiones se ha inferido de la representación de personajes secundarios a menor escala una evidencia en favor de la clientela; pero, como en su día apuntásemos, algunas de estas mismas escenas podrían sostener igualmente la pervivencia del linaje, en el sentido tradicional (Pavón y Duque, 2010: 120). Indudablemente, estas estelas de guerreros –y la segunda serie de estelas “con tocado” o diademas identificada por Díaz-Guardamino (2010: 225)– son susceptibles de remitirnos a las prácticas sociales de quienes las generaron. En este sentido, especial interés revisten –pese a su carácter puntual– algunos casos con representaciones conjuntas del guerrero y la dama (Almadén de la Plata-2) (García Sanjuán *et al.*, 2006), o de la dama flanqueada por dos guerreros (El Viso III) (Bendala *et al.*, 1979-80: fig. 3), significando su doble implicación en la proyección –y acaso transmisión bilateral– del patrimonio físico y simbólico, en suma del poder.

En síntesis, la complejidad compositiva de las estelas de esta etapa (la adición paulatina de elementos atlántico-mediterráneos y la representación de los personajes, incluida la pareja) habla en favor de un naciente proceso de mercantilización y transformaciones sociales que beneficiaría en nuestro territorio la consolidación de puntos de mercadeo o comercio, más o menos estables, en escenarios cualificados para ello. Tal es el caso –en modo alguno exclusivo– de Medellín, que conllevó reajustes demográficos, una modificación en los patrones de asentamiento de la zona (Pavón y Rodríguez Díaz, 2007: 19), y, andando el tiempo, los primeros procesos de colonización de la tierra, como complemento/alternativa al mercadeo y base para la consolidación de los cambios sociales ahora apenas insinuados.

Dentro del ámbito poblacional, un aspecto irrenunciable para el estudio de las prácticas sociales en transformación es el doméstico, amén de las dificultades de caracterización y diferenciación entre depósitos y estructuras de habitación propiamente dichas que suscita el registro del mediodía peninsular (Suárez Padilla y Márquez, 2014). En Extremadura, las subestructuras y cabañas asociadas a ocupaciones del Bronce Final adolecían hasta hace poco de notables problemas de documentación, como ejemplifican los casos de Sagrajas y Valcorchero (Almagro Gorbea, 1977: 19, 152 y fig. 51). Frente a este registro, algo más de información aportan

las cabañas recuperadas en los últimos años, con plantas ovales definidas por lastras hincadas o por paramentos de una mayor consistencia. Entre las primeras destacan las exhumadas en San Cristóbal de Logrosán, donde particularmente las cabañas de sus cortes 1 y 18, con superficies de 23 y 13 m², respectivamente, ilustran las tareas domésticas –incluida la “cadena operativa” del beneficio de la casiterita– de las unidades productivas (no necesariamente familias) que las ocuparon (Rodríguez Díaz *et al.*, 2013: 101 y 2014b).

Pero además de estas modestas estructuras de lastras hincadas y planta oval, que pervivirán en la penillanura cacereña hasta el Orientalizante avanzado (El Risco de Sierra de Fuentes, Cáceres) (Enríquez *et al.*, 2001: 35 y 44), la investigación reciente ha reconocido otras cabañas ovales de mayor solidez y dimensiones, como las del sitio en llano de Cerro Borreguero (Zalamea de la Serena, Badajoz) y el castro fortificado de Ratinhos en el Alentejo portugués⁵. Restringiéndonos ahora al momento más antiguo, en la fase III de Cerro Borreguero nos encontramos, en un contexto claramente rural, ante una estructura oval dispuesta sobre la roca natural en la zona topográficamente más destacada del lugar. El alzado de su zócalo, que se limita a tres hiladas de cantos rodados trabados con arcilla, alcanza los 0,60 m de altura y su anchura media ronda los 0,60-0,75 m, con una superficie aproximada de 60 m². Se le presupone un alzado de tapial en función del relleno anaranjado que colmataba el suelo o superficie de uso de la cabaña, donde aparecieron un hogar y materiales cerámicos, en su totalidad a mano. La datación de ¹⁴C disponible la sitúa hacia los siglos X-IX cal BC (Rodríguez González, 2016: 293; Celestino y Rodríguez González, 2017: 38), inaugurando, tras su amortización al parecer intencionada con grandes cantos, una secuencia que refleja la posterior superposición de estructuras más complejas de planta angular fechadas en el Orientalizante.

En el vecino Alentejo portugués, particular atención merece el castro de Ratinhos (Moura). En su acrópolis se ha constatado una sugerente secuencia en la que se superponen restos arquitectónicos angulares y otros de cabañas circulares del Hierro I a varias cabañas de planta oval adscritas al Bronce Final que, a su vez, se suceden entre sí a lo largo de los siglos XIII-IX cal BC. El trazado de las cabañas del Bronce Final, de planta elíptica y lastras hincadas, permite calcular superficies de entre 18 y 68 m². Por su parte las dos grandes cabañas circulares del Hierro I, dispuestas justo encima de las del Bronce Final, fueron construidas con muros más sólidos y empleando un módulo múltiplo del codo fenicio, generando vistosas estructuras de unos 11 m de diámetro. La superficie cubierta, de más de 80 m², supera con

⁵ Mención aparte merecería la Meseta (Blanco González, 2011), tratada con detalle en esta misma obra.

mucho a las del Bronce Final (Berrocal y Silva, 2010: 252 y 255). Cabe añadir que estas cabañas circulares coexistieron con una edificación angular valorada como un “santuario”, igualmente modulada respecto a los mismos patrones orientales, entre mediados del siglo IX y el siglo VIII cal BC (Prados, 2010a).

Al margen de la valoración sacra dada a este edificio, percibimos la acrópolis de Rathinos en su desarrollo vertical y horizontal como un espacio político y simbólico que, salvando las distancias, singularidades y biografías o sus lecturas diversas, nos recuerda las acrópolis sicilianas (Ferrer Martín, 2012: 454-498). Desde esta perspectiva, la acrópolis de Ratinhos pudo ser un espacio de congregación y celebración ritual periódica, de carácter regenerativo y comunitario, si bien probablemente administrado por los principales grupos de este poblado del suroeste interior que, reflejados en estas grandes cabañas, nuclearon la estructura organizativa e identitaria de la comunidad. En dicho contexto, desconocemos por el momento si la incorporación de la novedosa edificación rectangular obedeció a la apropiación-integración de un modelo edilicio alógeno dirigida a la reformulación de este escenario ritual indígena, o bien respondió a una particular maniobra de empoderamiento de un grupo ligado a la negociación de los contactos con el mundo tartésico-mediterráneo, rompiendo con la uniformidad edilicia dominante hasta entonces. Fuera de un modo u otro, a diferencia de lo que sucedió en otros sitios tartésicos –Acinipo o Montemolín–, Ratinhos resultó a la postre un proyecto fallido de orientalización, con todas las derivadas que ello conlleva.

Para concluir, solo queda apuntar el paralelismo de las cabañas ovales o circulares con el prototipo de vivienda en el sur peninsular en el tránsito Bronce Final-Orientalizante, analizado desde parámetros étnicos (Izquierdo, 1998) y socio-ideológicos (Delgado, 2005). Muy atractivos nos resultan estos últimos, que inciden, desde una valoración global del registro bajoandaluz, en la isonomía formal de sus elementos arquitectónicos exteriores –que contrasta con la ostentación manifestada, por el contrario, en las estelas y los depósitos metálicos– como símbolo de una solidaridad comunal. A la vez, estos mismos análisis reconocen en la existencia de ciertos edificios singulares orientalizantes –donde se desarrollarían prácticas sociales, rituales y de comensalidad– y hasta en las grandes cabañas singularizadas (por su tamaño, prestancia o contenidos) del Bronce Final (p.e., Pocito Chicho), a veces documentadas incluso bajo los anteriores, su vinculación a residencias aristocráticas o de élites (Delgado, 2005: 590-592). Pero dado el todavía limitado conocimiento que se tiene de dichas edificaciones tanto de “puertas adentro” como de “puertas afuera”, no sabemos hasta qué punto estas “grandes cabañas” podrían considerarse Casas lévi-straussianas –como ha sugerido A. Delgado (2013: 328)– y, por tanto, reflejar simbólicamente la ampliación supra-parental del grupo con parientes (consanguíneos

y afines) e integrantes ficticios o pragmáticos, desde la conjunción de relaciones, vivencias e identidades reforzadas por las prácticas convivales y rituales. Unas prácticas acaso capaces de revertir, desde el lenguaje del parentesco, las mercancías de nuevo en dones, e integrar así en la Casa a quienes los reciben. Asimismo, no es menos cierto que las diferencias arquitectónicas y constructivas que alcanzaron en algunos casos (p.e., Ratinhos) y alcanzarán en el Orientalizante sugieren también otra cara, la de la competencia o rivalidad entre ellas a la hora de aspirar a una posición ritual, económica y política en el seno de la comunidad.

2. EL PERIODO ORIENTALIZANTE

A vista de pájaro, los siglos VIII-VI a.C. representan una fase de apogeo en todo el suroeste ibérico, debida en gran parte a la conjunción de los múltiples efectos de la intensificación del comercio mediterráneo y al propio desarrollo interno de los grupos locales. Con Cádiz y Huelva como referencias destacadas de tal sinergia, Tartessos fue un escenario propicio para el desarrollo de fórmulas organizativas diversas y más complejas, probablemente realimentadas por fenómenos de movilidad demográfica e hibridación, cuya proyección en poblados, necrópolis o santuarios aún son difíciles de discernir y contrastar arqueológicamente. Espacios estos que, sin embargo, sí dejan traslucir a través de sus arquitecturas, ajuares y elementos ceremoniales un panorama sociopolítico y territorial vinculado tradicionalmente a “aristocracias principescas” (Aubert, 1984) o “monarquías sacras”, reflejo de las dinastías míticas e históricas de Tartessos (Almagro Gorbea, 1996 y 2013), cuyo ejercicio del poder, gestión de la riqueza y los recursos y el manejo de las relaciones clientelares e identitarias supondrían una nueva vuelta de tuerca en el proceso alumbrado por las “aristocracias nacientes” de las estelas más evolucionadas del Bronce Final.

Sin ignorar el papel nada desdeñable que pudieron jugar otros agentes y grupos en la construcción y el devenir sociopolítico orientalizante (Delgado, 2013 y en este volumen), el modelo aristocrático clientelar se define por la mixtura de las relaciones parentales y de dependencia envueltas en la jerga del parentesco y en nuevos proyectos de cohesión social e identidad. Fiel a su esencia parental y a sus vínculos ancestrales, reales o ficticios, el empoderamiento de los grupos aristocráticos pasaría por la incorporación de otros individuos sin vínculos de sangre a través de pactos de fidelidad que daban acceso a la tierra, agrandando las asimetrías sociales en un ambiente de marcada competencia por el dominio de los *oppida* (Ruiz y Molinos, 2007a y 2007b; Ruiz, 2000 y 2009). Todo ello consolidaría a dichas élites, revesti-

das con el oropel orientalizante, como privilegiados y prestigiosos negociadores de los encuentros entre los grupos foráneos y las comunidades locales, así como garantes de la cohesión social y de sus identidades (Vives-Ferrándiz, 2006).

La expresión arqueológica de esta nueva realidad social muestra, no obstante, imágenes diferentes en los escenarios poblacionales y mortuorios. De este modo y a falta de un conocimiento más extenso de la organización interna de los núcleos urbanos, las afanosas colonizaciones agrarias reconocidas en el bajo-medio Guadalquivir entre los siglos VII-VI a.C. dejan entrever decisiones político-territoriales de los grandes *oppida*, concretadas en un gran número de asentamientos rurales de escala diversa, subordinados al enclave principal mediante probables relaciones de dependencia y tributo (Ferrer Albelda *et al.*, 2007). Sin embargo, los espacios funerarios urbanos parecen seguir siendo dominio exclusivo de los grupos parentales, como se infiere de las necrópolis tumulares de Setefilla o Cerrillo Blanco, entre otras. No obstante, en dicho contexto un elemento esencial sería la posible incorporación de la pareja de carácter cognaticio (en la cual hombre y mujer son indistintamente receptores y transmisores de derechos, herencias y “depositarios de la legitimidad de la estructura parental”), quizá anunciada en Setefilla, visible en Cerrillo Blanco y exaltada en el posterior conjunto escultórico de Porcuna (Ruiz y Molinos, 2007b: 163-164; Ruiz, 2009: 117).

Es sabido que en el mundo ibérico el sistema clientelar llegaría a consolidarse plenamente; sin embargo, en las heterogéneas tierras del suroeste parece que corrió suertes y caminos diversos. En este sentido, el registro arqueológico de los últimos años deja entrever adopciones, adaptaciones, resistencias e incluso alternativas a dicho modelo, cuya caracterización se perfila como un estimulante reto de futuro. Sin descartar casos de orientalización fallida como el del castro portugués de Ratinhos (Berrocal y Silva, 2010), en la “periferia extremeña” la gestión por parte de las élites u otros grupos (familiares o supra-parentales) de las fluidas conexiones tartésico-mediterráneas conllevaría un ejercicio de “reinvención de la tradición” próximo al descrito más arriba, si bien probablemente administrado desde soluciones políticas diversas. De esta manera, como en el núcleo tartésico, surgieron proyectos socioeconómicos, político-territoriales e ideológicos de marcado carácter jerárquico en las actuales cuencas extremeñas del Guadiana y Tajo. Sin embargo, no por ello llegarían a desaparecer las pulsiones heterárquicas que, especialmente a raíz del declive del comercio de metales y, sobre todo, tras la crisis tartésica, rebrotarían con fuerza en esta zona dotándola de una indudable personalidad... y fragilidad. Así al menos venimos valorando la inestable coexistencia de aristocracias urbanas, impulsoras de modelos organizativos de “geometría piramidal” y naturaleza expansiva, y élites rurales, exponentes de una “señorialización latente”

radicadas en edificios más o menos monumentales aislados en el campo. Alrededor de unas y otras gravitarían numerosas familias campesinas dependientes y, más allá de sus límites, quizá otras de carácter más autárquico, cuyo protagonismo histórico no siempre es suficientemente reconocido (Fig. 3).

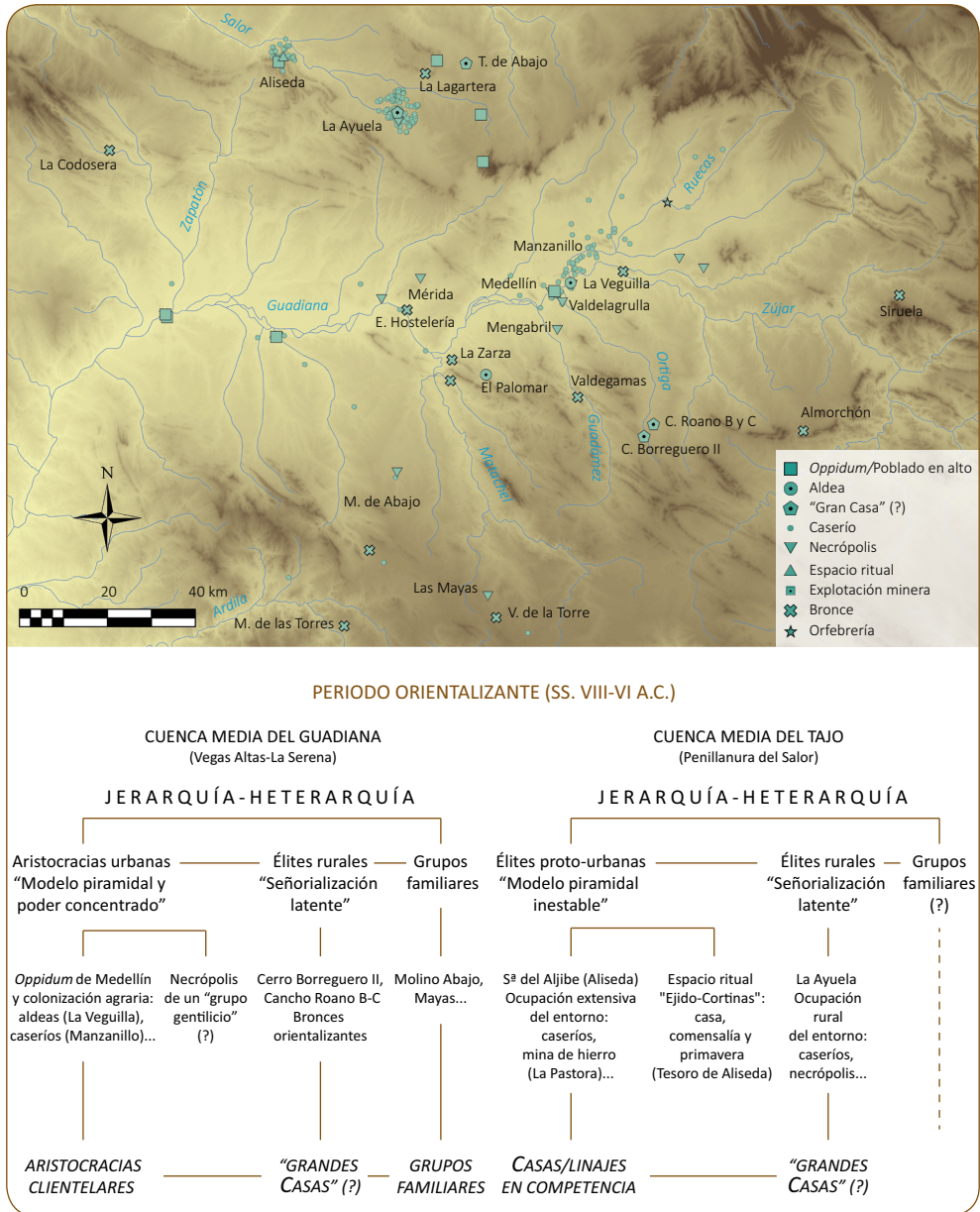


Fig. 3. El periodo Orientalizante: poblamiento y modelos sociales.

2.1. ÉLITES (URBANAS Y RURALES) Y CAMPESINOS EN EL GUADIANA MEDIO

Sin olvidar el interés de otros ámbitos del Guadiana medio incluidos en algunas síntesis (Almagro Gorbea, 1977; Rodríguez Díaz y Enríquez, 2001; Celestino, 2005; Jiménez, 2017a), las actuales comarcas de Vegas Altas y La Serena conforman, hoy en día, el mejor escenario para aproximarse a la organización socioeconómica, política y simbólica de época orientalizante. Una situación de privilegio que, pese a sus inevitables lagunas y casuísticas, es fruto de los trabajos que desde hace años vienen realizando en esta zona diversos equipos de investigación, los cuales han reportado un notable volumen de información que ha nutrido el debate sobre el poblamiento, los mecanismos de interacción con Tartessos o las estructuras político-territoriales, entre otros aspectos.

Nuestro primer y obligado alto en este selectivo recorrido es Medellín, en plenas Vegas Altas del Guadiana. Los resultados obtenidos por Almagro Gorbea y sus colaboradores en este conocido *oppidum* y su necrópolis parecen acreditar este enclave como un núcleo de primer orden en la vertebración de este sector del valle del Guadiana, al menos durante el Orientalizante. Como es sabido, Almagro Gorbea defiende el carácter urbano de este estratégico asentamiento de unas 13 ha de superficie estimada, arraigado en el Bronce Final y controlador de los vados del Guadiana y sus feraces tierras desde la cima y laderas del “cerro-isla” que ocupa. Recientemente, no sin controversia, dicho autor ha identificado este lugar con *Conisturgis* y lo ha considerado exponente de la colonización tartésica de este territorio. Bajo la sombra alargada de Argantonio, Almagro Gorbea interpreta Medellín como sede de una monarquía sacra de carácter dinástico, pese a que por el momento no se han detectado estructuras palaciales en el *oppidum* (amén de una supuesta *regia* en su arrasada cima) ni “tumbas principescas” en ninguna de las dos fases de su necrópolis. Aun así, justo es admitir que no faltan sepulturas directa o indirectamente relacionadas con la élite del *oppidum*, como el *bustum* 86H/4, perteneciente a un varón de 50-60 años cremado con numerosos objetos de bronce, plata, hierro, marfil, cerámicas diversas..., o la tumba que debió atesorar la célebre *kylix* de *Eucheiros* con la imagen de “Zeus lanzando rayos”, destacado icono del poder en todo el Mediterráneo. Sea como fuere, Almagro Gorbea asocia este conjunto funerario, con más de 300 tumbas⁶ generadas a lo largo de 250 años, con uno de los “cinco o más grandes grupos gentilicios” que pudieron coexistir en

⁶ En concreto se refieren 364 tumbas, de las cuales 258 fueron excavadas y 64 fueron destruidas (Almagro Gorbea, 2010: tabla 1).

el *oppidum*⁷ (Almagro Gorbea, 1977, 2008a, 2008b: 935-936; Almagro Gorbea y Martín, 1994; etc.).

Nuestra aportación a Medellín básicamente se resume en dos aspectos: 1) la lectura ponderada de la secuencia del *oppidum* y la necrópolis; y 2) la aproximación a su dominio político o “agropolitano” a raíz de la excavación y prospección subsiguiente del caserío orientalizante de Cerro Manzanillo, situado a 14 km al nordeste de Medellín (Rodríguez Díaz *et al.*, 2009). Sobre el primer punto, a tenor de los sondeos excavados hasta la fecha, consideramos que, en efecto, este *oppidum* debió de conocer su esplendor en época orientalizante pudiendo representar una suerte de “capital del valle”. Sin embargo, como veremos más adelante, tras esta floreciente etapa la ocupación de Medellín experimentaría una significativa recesión estratigráfica hasta rarificarse en los siglos prerromanos y una considerable reducción del número de enterramientos en su necrópolis. Sin descartar episodios concretos de malas cosechas, hambrunas, epidemias o conflictos contemplados por su excavador para justificar tal regresión poblacional, preferimos enmarcarla en la crisis política que a lo largo del siglo VI a.C. trastocó gran parte del mundo tartésico.

En cuanto a la segunda cuestión, el territorio de Medellín, la excavación de Cerro Manzanillo nos situó ante un pequeño caserío agrícola de 0,05-0,08 ha, organizado en torno a un amplio patio abierto al norte, con dos sectores de habitación y almacenaje-laboreo intercomunicados por zonas de tránsito. Mención particular merece la presencia de una fragua en la parte delantera del patio. Su progresivo desarrollo constructivo entre los siglos VII-VI a.C. nos llevó a relacionar este caserío con una familia ampliada de campesinos (12-15 personas), dedicada preferentemente al cultivo de cereales y con suficiente capacidad de generar excedentes. La prospección selectiva del espacio comprendido entre Medellín y Cerro Manzanillo, de gran potencialidad agraria y articulado por tres cursos fluviales de diferente rango (Guadiana, Rucas y Matapeces), reportó una densidad y variedad de restos orientalizantes asimilables a ocupaciones, necrópolis y actividades rurales de naturaleza diversa⁸. Evidencias muy similares se obtuvieron posteriormente en las prospecciones más afinadas realizadas por el IAM en un área más restringida del sector sur del territorio de Medellín, entre los cauces de los ríos Ortigas y Guadámex (Sevillano *et al.*, 2013), o en los trabajos de urgencia efectuados en la necrópolis de Valdelagrulla (Menéndez *et al.*, 2013). En su conjunto, consideramos

⁷ Esta propuesta trata de explicar las discordancias demográficas observadas entre la población estimada para el *oppidum* (1.000-2.000 habitantes) y las cifras de población media en cada generación (250-350 habitantes) deducidas de las sepulturas de la necrópolis (Almagro Gorbea, 2010: 62).

⁸ Prospecciones recientes efectuadas en el marco del ya referido proyecto HAR2014-52922-P nos han permitido situar el límite nordeste de este plan colonizador en torno a las sierras de Suárez, Villar y Rena.

dichos resultados muestreos representativos de lo que, a nuestro juicio, formó parte de un verdadero proyecto de colonización del campo impulsado por Medellín que exigiría un importante contingente poblacional. Un plan colonizador, dicho sea de paso, similar y contemporáneo a grandes rasgos de los ya referidos del mundo tartésico (Ferrer Albelda y Bandera, 2005; Ferrer Albelda *et al.*, 2007; Rodríguez Díaz, 2010).

Todo ello nos llevó a proponer un esquema político de diseño piramidal y de carácter clientelar, con vértice en el *oppidum* de Medellín y una amplia base conformada por grandes aldeas⁹, caseríos, alfares¹⁰, instalaciones menores, necrópolis... dispersas por su dominio agropolitano. Tan intensa ocupación rural nos sugiere, por tanto, un orden social jerarquizado presidido por la aristocracia dominante de Medellín, controladora real de los medios de producción, legitimada por un aparato ideológico-religioso de estética orientalizante y probables vínculos ancestrales. Lamentablemente, la información disponible sobre Medellín no permite ahondar en los entresijos de esta estructura de poder, en particular en su grado de centralización, más allá de la ambigua alusión de Almagro Gorbea (2008b: 935-936) a la coexistencia, probablemente competitiva, de “cinco o más grandes grupos gentilicios” en el *oppidum*.

Por su parte, los colonos afincados en aldeas y granjas pudieron recibir de la aristocracia de Medellín parcelas de tierra –expresión del “don agonístico” (Ruiz y Molinos, 2007b: 172-173)– bajo una suerte de “propiedad particular”, fundada en la tenencia y posesión de un lote de tierra suficiente para garantizarles su supervivencia y la del ganado, satisfacer sus necesidades ceremoniales e incluso generar excedentes de reserva y tributo. En función de la perduración de Cerro Manzanillo durante dos o tres generaciones, dicho modo de propiedad pudo reconocer al colono-cliente la transmisión hereditaria de la tierra asignada, siempre y cuando sus descendientes no quebraran la fidelidad pactada con la aristocracia-patrono. Todo ello favorecería, por un lado, la intensificación de los intercambios internos y externos; y, por otro, la consolidación de un modelo social basado en las ya comentadas relaciones clientelares o de servidumbre camufladas en un parentesco más artificial que real. Desde dicha perspectiva, percibimos la colonización agraria de este sector del Guadiana medio como un proceso autóctono ligado a la afirmación político-territorial de Medellín, que debió atraer a numerosos campesinos

⁹ En esta categoría incluimos el sitio de La Veguilla, comparable en extensión y quizá también en complejidad constructiva con el asentamiento en llano del Palomar de Oliva de Mérida (Badajoz) (Jiménez y Ortega, 2001).

¹⁰ Aunque fuera del entorno de Medellín, un ejemplo de este tipo de industria serían los tres hornos y basureros orientalizantes de la Escuela de Hostelería de Mérida (Jiménez y Heras, 2017).

provenientes en su mayoría de poblados próximos (como Magacela, Entrerríos, quizá Cerro Remondo y hasta Logrosán, donde las excavaciones y prospecciones no han constatado ocupaciones orientalizantes¹¹), aunque no descartamos la llegada de otros desde ámbitos más lejanos (Rodríguez Díaz *et al.*, 2009). En suma, todo parece indicar que estaríamos ante un proyecto político, de matriz urbana y asentado en relaciones de servidumbre-clientela, que contó con los recursos humanos y la tierra suficientes para ser llevado a cabo y que, además, se vio favorecido por la coyuntura expansiva del momento.

Pero, como anticipamos anteriormente, intuimos que, paralelamente al proyecto jerarquizador de Medellín u otros similares, pudieron desarrollarse en el Guadiana medio formas de ocupación del campo de tintes señoriales, más o menos independientes y quizá deudoras de sistemas tradicionales de poder. Sin descartar la probable existencia de grupos campesinos autárquicos¹², en esta línea venimos valorando básicamente la amplia serie de bronce rituales y objetos de prestigio orientalizantes repartidos por la geografía extremeña y los edificios más antiguos de Cancho Roano. A estos quizá cabría añadir los ya referidos del cercano Cerro Borreguero, aún más antiguos. Respecto a los bronce, baste recordar los timiaros de La Codosera y Villagarcía de la Torre, los jarros de Valdegamas, Zarza de Alange, Siruela, las figuras de Mérida, Medina de las Torres y Entrerríos, los carritos de Mérida y Almorchón... como parte de una larga nómina de hallazgos

¹¹ Queremos subrayar en este punto el caso de Entrerríos. Nuestras excavaciones en este lugar han constatado una intensa ocupación prerromana (siglos IV-III/II a.C.) yuxtapuesta a otra del Bronce Final (Rodríguez Díaz *et al.*, 2011). Por tanto, no registramos evidencias de época orientalizante, pese a la presunta vinculación con este enclave de una estatuilla de bronce egipcio (Jiménez, 2002: 283), a su consideración teórica de “poblado límite” en el dominio político de Medellín (Almagro Gorbea, 2008b) y, más recientemente, a la lectura estratigráfica planteada por S. Walid y J. Pulido (2013) a raíz de la intervención de urgencia efectuada en 2009 en la cima y ladera norte del cerro. Según estos autores, la ocupación protohistórica de Entrerríos se desarrollaría durante los periodos Orientalizante y Postorientalizante en función de tres dataciones de TL (632±131 a.n.e., 393±140 a.n.e. y 347±141 a.n.e.) y la particular valoración tipológica del muestreo de materiales publicado. Al respecto, solo podemos decir que dicha propuesta difícilmente resiste la comparación de la selección cerámica aportada con los bien caracterizados registros orientalizantes de Medellín y Cerro Manzanillo, o los postorientalizantes de La Mata y Cancho Roano, respaldados igualmente por dataciones radiométricas (¹⁴C). Sin negar las lógicas conexiones postorientalizantes de ciertas formas y categorías alfareras que perduraron tras el 400 a.C., la ergología de Entrerríos muestra elementos y rasgos claramente más evolucionados y propios del Hierro II: decoraciones estampilladas en vasos de almacén, la tipología anfórica con algunos ejemplares decorados “a peine”, la cerámica de barniz rojo tardío, el repertorio formal y de motivos ornamentales de las vasijas pintadas, la anecdótica presencia de la cerámica gris, determinadas formas áticas... Todo ello nos ahorra, además, cualquier comentario sobre el modelo sociopolítico y territorial planteado en fechas recientes por E. Rodríguez y S. Celestino (Rodríguez González, 2016: 882; Rodríguez González y Celestino Pérez, 2017a), cimentado precisamente en la asunción de la ocupación orientalizante de Entrerríos defendida por Walid y Pulido, donde estos autores llegan a situar en este lugar un “poder central” que promovió “la construcción de los grandes edificios [postorientalizantes] que jalonan el valle medio del Guadiana”.

¹² En este nivel podrían considerarse algunas necrópolis rurales (Molino de Abajo de Villafranca de los Barros, Las Mayas de Usagre...) dispersas por la provincia de Badajoz (Jiménez, 2017a, con bibliografía).

en su mayoría descontextualizados. No obstante, algunos ejemplos (Valdegamas, Villagarcía de la Torre...) parecen remitir a hábitats y necrópolis rurales, a diferencia de la preferente vinculación a contextos urbanos que este tipo de objetos parece tener en el Guadalquivir (Rodríguez Díaz y Enríquez, 2001: 187-189; Rodríguez Díaz, 2009: 114-116). Un planteamiento que parece cobrar nuevos argumentos en algunos de los últimos hallazgos publicados del Guadiana e incluso del Alentejo portugués (un compendio reciente en Jiménez, 2017b).

Por su parte, los llamados “Edificios B y C” de Cancho Roano, fechados en el siglo VI a.C. o poco antes (Celestino, 2001b), nos sitúan ante obras de adobe de trazas orientalizantes, levantadas en pleno campo y en cuyo entorno se han reconocido rastros y evidencias de pequeñas ocupaciones satélites de diferentes épocas (Walid y Nuño, 2005; Sanabria *et al.*, 2013). Apenas 3 km al suroeste, se encuentra la ya aludida estratigrafía constructiva de Cerro Borreguero, donde sobre la sólida cabaña oval del Bronce Final (fase III), quizá convertida tras su ruina ritualizada en un *archaikum* de anclaje con el pasado (Kistler *at al.*, 2017), se han constatado los restos incompletos de dos edificaciones angulares orientalizantes datadas entre los siglos VIII-VI a.C. (fase II), por desgracia muy desdibujadas por la potente construcción romana que las cubre (fase I) (Rodríguez González, 2016: 276-292).

Más allá de la significación sacra dada por sus excavadores a los restos antiguos de Cancho Roano y a sus presuntos predecesores de Cerro Borreguero, su valoración conjunta con los bronces nos sugiere la posible existencia de élites que vivieron y murieron en el campo entre los siglos IX-VI a.C., dentro de un paulatino proceso de “señorialización latente” que cohabitaría en plena época orientalizante con afanosos proyectos de colonización agraria como el registrado en Medellín (Rodríguez Díaz, 2009: 195-202). Como ya se apuntó en el apartado anterior, referirse también a estas singulares construcciones de “Cancho Roano B-C” y Cerro Borreguero aisladas en el campo como Casas o “grandes Casas” con el sentido institucional que Lévi-Strauss (1979) contemplara es una idea tan sugerente como prematura en este momento; sin embargo, acaso no convenga perderla del todo de vista a tenor del auge que este tipo de construcciones alcanzaría siglos después. Sea como fuere, es obligado admitir que aún estamos lejos de conocer la función de estos edificios y sus entornos y, sobre todo, de aquilatar la relación, probablemente cambiante, entre élites urbanas y rurales en época orientalizante. Aun así, de admitirse tal coexistencia, se infieren sugerentes derivadas en el desarrollo de las relaciones parentales-clientelares y en las relaciones “ciudad-campo” que, en términos sociopolíticos, refuerzan la dialéctica “jerarquía-heterarquía” que en estas tierras del Guadiana se prolongaría hasta la crisis tartésica.

2.2. CASAS/LINAJES EN LA PENILLANURA CACEREÑA

Un escenario complementario al del Guadiana, pero muy distinto en su fisiografía y posibilidades agropecuarias y metalogenéticas, es el de la actual penillanura cacereña, vertebrada por los profundos cauces del río Tajo y sus afluentes. Aunque investigado con menor continuidad que el Guadiana, este espacio también ofrece un atrayente conjunto de sitios arqueológicos (El Risco, Torrejón de Abajo, La Ayuela...) y algunas evidencias de gran pedigrí historiográfico (Aliseda) de época orientalizante. En este marco, un lugar destacado lo ocupa Aliseda y su reputado tesoro descubierto casualmente en El Ejido de esta localidad en 1920, cuyo malogrado contexto se ha relacionado indistintamente con la tumba de una dama aristocrática, una simple ocultación o un santuario (Mélida, 1921; Rodríguez Díaz *et al.*, 2014a: 173-223). Por su parte, la composición del tesoro, integrado por objetos diversos de adorno femeninos, masculinos y elementos rituales, ha llevado finalmente a relacionarlo con un hombre y una mujer de alto rango (Perea, 1991 y 2006)¹³. Se trataría, por tanto, de un conjunto expresivo de una realidad sociopolítica y simbólica jerarquizada, pero como veremos de inmediato igualmente mediatizada por fuerzas centrífugas reconocibles tanto dentro como fuera de su entorno inmediato. Dicho de otro modo, también en este caso la dialéctica “jerarquía-heterarquía” parece cobijar, a nuestro juicio, el devenir histórico de una sociedad que a lo largo de toda su existencia se mantuvo dividida entre el ensueño orientalizante y sus propias tradiciones en una tierra agrícolamente limitada y magra.

El poblado de Aliseda ocupa el alto y buena parte de las vertientes de la Sierra del Aljibe, en plena serranía de San Pedro, justo en la divisoria de aguas Tajo-Guadiana y controlando el puerto que permite el tránsito entre ambas cuencas hidrográficas. En este sentido, destacamos la rivera de Aliseda, que discurre a los pies del asentamiento y desemboca a unos 5 km al norte en el Salor, uno de los afluentes principales de la margen izquierda del Tajo. La Sierra del Aljibe es una elevación coronada por crestones cuarcíticos que resulta reconocible desde gran parte del llano cacereño y, a la vez, ofrece amplias panorámicas en todas direcciones desde su cima. Su entorno inmediato se divide casi a partes iguales entre los pastizales y restringidas áreas cultivables

¹³ El montaje de las más de 350 piezas recuperadas se tradujo en un principio en un listado de 25 objetos de diversa naturaleza (oro, plata, bronce, vidrio, lítico) y procedencia (importaciones y productos indígenas), agrupados finalmente en tres categorías. Objetos de adorno femeninos: una diadema y un posible fragmento de otra recuperada en los años setenta, dos arracadas, tres collares, dos brazaletes, cintas de vestimenta y varios anillos. Objetos de adorno masculinos: una gran torques, un cinturón, un espejo y un colgante de oro con sello de amantista. Elementos rituales: jarro de vidrio con inscripción pseudojeroglífica, pátera de oro, brasero con asas de manos y recipiente de plata. A. Perea (2006: 52) ha apreciado incluso “una relación entre las importaciones y las piezas masculinas, y entre las piezas indígenas y las femeninas”.

de la penillanura cacereña, al norte, y el intricado espacio boscoso de la serranía de San Pedro, al sur, donde se integra también la mina de hierro de La Pastora a unos 300 m al este del poblado. Los sondeos realizados con carácter de urgencia en 1995 constataron una secuencia ininterrumpida Bronce Final-Postorientalizante, a la que sucedió tras el hiato de los siglos prerromanos una ocupación romano-republicana. Dicha información nos permitió corroborar la relación de este enclave con el tesoro y, en consecuencia, otorgarle un papel destacado en la organización sociopolítica y territorial de este espacio (Rodríguez Díaz y Pavón, 1999).

Merced a un reciente proyecto investigador llevado a cabo entre 2011-2015¹⁴, hemos podido profundizar en el dominio territorial de este poblado y aproximarnos al malogrado contexto del tesoro (Rodríguez Díaz *et al.*, 2015). Respecto a la primera cuestión, la prospección intensiva del entorno del asentamiento reveló una ocupación desigual del espacio, particularmente concentrada en las zonas más aptas para el cultivo del piedemonte de la Sierra de San Pedro. Pese al exiguo registro recuperado, las evidencias catalogadas (concentraciones cerámicas y molinos barquiformes) resultan compatibles con pequeños núcleos campesinos satélites del poblado principal. Asimismo, excavaciones en la mina de La Pastora pusieron al descubierto un taller siderúrgico que constata la utilización de hornos de sangrado en estos siglos orientalizantes. A pesar del interés de estos hallazgos, en su conjunto no parecen responder a un intensivo proyecto colonizador como el reconocido en Medellín, sino más bien a una ocupación extensiva del territorio acorde con sus potencialidades económicas (agropecuarias, forestales y mineras) y geoestratégicas. Un panorama relativamente discreto que contrasta con la espectacularidad del tesoro, verdadero icono de la orfebrería orientalizante, pero de incierto contexto.

Nuestra aportación a este asunto se ha fundado en la restitución del ya desfigurado paraje del tesoro, la excavación del sitio de Las Cortinas y la valoración de las informaciones arqueológicas espigadas entre la documentación conservada sobre el descubrimiento, incluida la inédita excavación de Juan Cabré en 1921. Todo ello nos ha llevado a plantear una nueva lectura del contexto y significado de las joyas en términos sociopolíticos, rituales e incluso biográficos (Rodríguez Díaz *et al.*, 2015; Rodríguez Díaz, e.p.). En síntesis, el tesoro se enmarca en un espacio ritual de suaves lomas, delimitado y compartimentado por corrientes de agua de diverso caudal. Una de esas lomas fue la del Ejido y su contigua hacia el norte la excavada de Las Cortinas, separadas entre sí por un desaparecido arroyo que vertía sus aguas a la

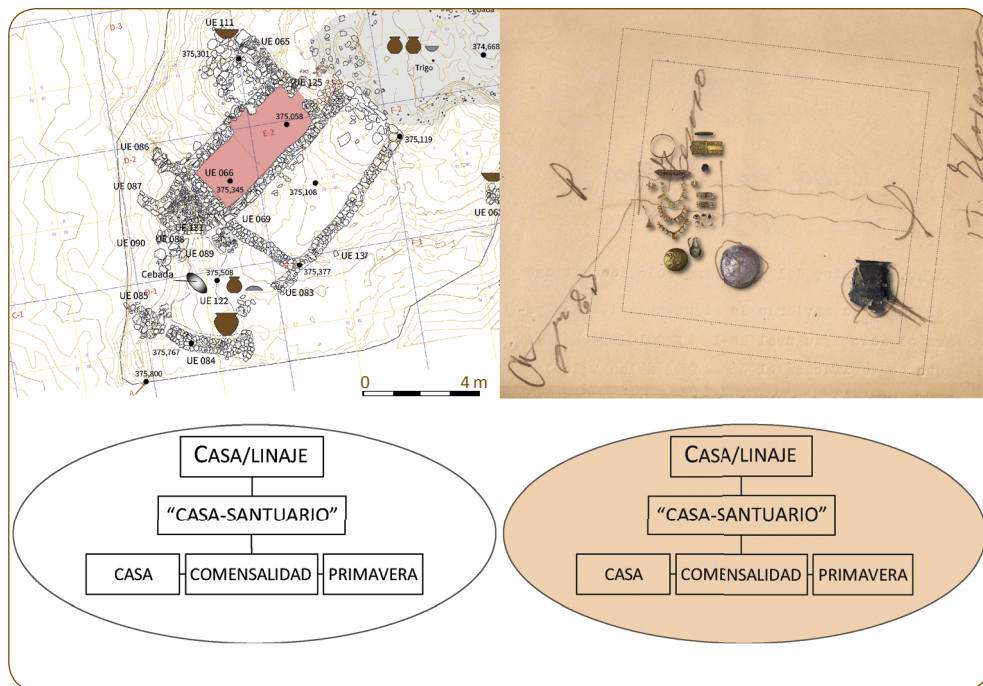
¹⁴ Proyecto "El tiempo del Tesoro de Aliseda" (HAR2010-14917) y Acción Complementaria "Estudio del contexto arqueológico del Tesoro de Aliseda (Cáceres)" (HAR2011-15841-E), Plan Nacional I+D+i del MICINN-MINECO. www.eltiempodeltesorodealiseda.com.

rivera de Aliseda. Aunque muy arrasados, los restos descubiertos en Las Cortinas se estructuran en dos fases arqueológicas fechadas en los siglos VII-VI y VI-V a.C. y se vinculan a un círculo ritual organizado en torno a tres conceptos entrelazados de alto contenido social y simbólico: la casa, la comensalidad y la primavera.

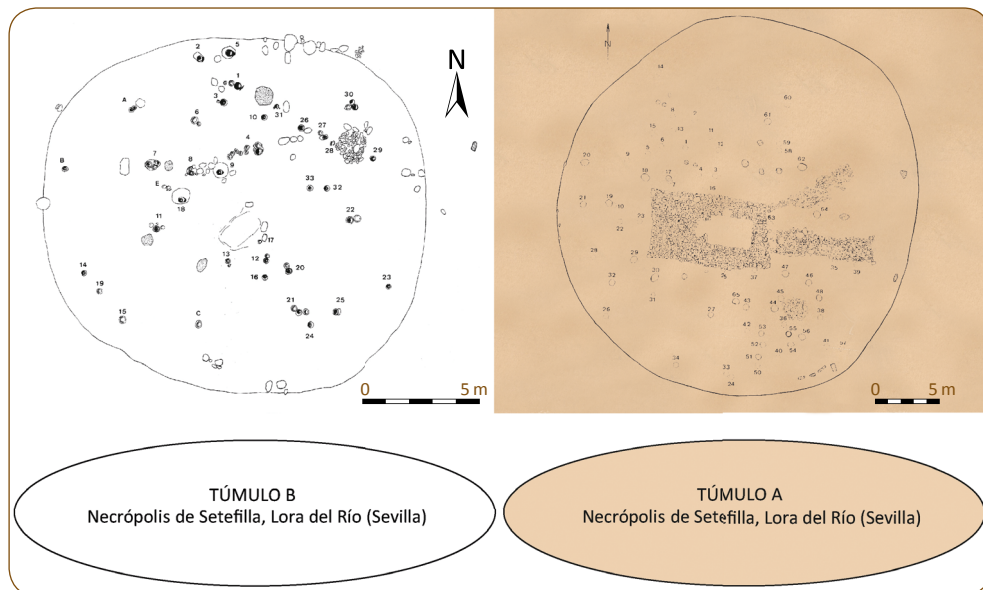
Sin entrar en los pormenores arqueológicos, biológicos y astronómicos ya publicados, los vestigios orientalizantes de Las Cortinas podrían interpretarse en términos funcionales como una “casa-santuario” ligada a la celebración de la primavera, entendida como episodio clave del ciclo estacional que entre sociedades tradicionales suele identificarse con la exaltación de la fecundidad femenina y la fertilidad del ganado y de la tierra. Desde una perspectiva social, dicho círculo ritual pudo representar a un grupo del poblado con capacidad y estatus suficientes para participar en estas ceremonias de identidad y cohesión sociopolítica. En trabajos sucesivos, hemos comparado esta unidad organizativa con la Casa lévi-straussiana (Rodríguez Díaz *et al.*, 2015: 101-103) y/o con un linaje, llegando a definirla de forma ambigua como “casa-linaje” (Rodríguez Díaz *et al.*, 2017a: 293-295). Una expresión esta última que, conviene aclarar, quizá sea oportuno deslindar y sopesar en clave posibilista y dialéctica (Casa/linaje) por cuanto ambos términos remiten a conceptos antropológicos distintos. En función de ello y ante la imposibilidad de su contrastación funeraria o habitacional, el círculo ritual de Las Cortinas pudo corresponder a una Casa (nuestra primera opción), o bien a un linaje (como los reflejados en ciertas necrópolis tartésicas, aún reservadas a los grupos parentales: Setefilla, Cerrillo Blanco...)¹⁵, con afanes de trenzar relaciones de parentesco y de dependencia en el propósito de ensanchar su estatus y su rango político dentro de un probable ambiente de competencia por la primacía y el control del poblado dentro de una realidad clientelar en construcción (Fig. 4).

Desde tales premisas, el hallazgo del tesoro en el inmediato paraje del Ejido cobra un sentido diferente al de las tradicionales hipótesis sobre su procedencia. En este sentido, la valoración cruzada de las noticias recobradas sobre la aparición de las joyas, los magros resultados de la excavación de Cabré (que descartó enseguida la existencia de una necrópolis en este lugar) y los obtenidos por nosotros en Las Cortinas nos ha llevado a relacionar el tesoro aliseño con un círculo ritual igualmente fundado en la casa, la comensalidad y la exaltación de la primavera. Aunque de características constructivas similares al de Las Cortinas, el círculo del Ejido destaca obviamente por las joyas encontradas en él. En función de su tipología e iconografía, tal acopio de alhajas pudo pertenecer, en nuestra opinión, a la pareja

¹⁵ No parece ser el caso de Medellín, cuya necrópolis –recuérdese– Almagro Gorbea (2008b: 935-936) asocia a uno de los “grupos gentilicios” del *oppidum*.



A



B

Fig. 4. A) Propuesta comparativa entre el “círculo ritual” documentado en Las Cortinas y el posible “círculo ritual” vinculado al Tesoro de Aliseda; B) Círculos funerarios identificados con linajes en los túmulos B y A de la necrópolis de Setefilla (Aubet, 1995).

del grupo dominante de Aliseda, principal protagonista de la celebración periódica del equinoccio de primavera y de la fertilidad, actuando como mediadora entre la comunidad y la divinidad. Es probable que la mujer tuviera un papel destacado en dichas celebraciones, cuasi de sacerdotisa, al encarnar los aspectos esenciales de lo femenino (la fecundidad y la fertilidad). Por su parte, el hombre ejercería de padres. Pero además de su significación simbólica y ceremonial, las joyas tuvieron una dimensión política al servicio de un proyecto –no sabemos hasta qué grado consumado– dirigido a la conversión de esta Casa/linaje en la “Casa de Aliseda”, o bien en el “linaje principesco” del lugar. Desde esa doble óptica político-simbólica, el tesoro formaría parte del acervo del “grupo principal” –acumulado, exhibido en situaciones especiales y transmitido generacionalmente– que nadie podía llevarse a la tumba. Una cadena que, como veremos más adelante, se truncaría con su sepultura litúrgica en los comedios del siglo VI o finales del V a.C.

Pese a ello, o precisamente por ello, consideramos las joyas aliseñas dentro de la ya mencionada categoría de “objetos con biografía”. Aunque con los matices oportunos, con tales ideas podrían relacionarse los conceptos de *keimelion/keimelia* (González Ruibal y Ruiz-Gálvez, 2016, con bibliografía) y *archaikum/archaika* (Kistler *et al.* 2017, con bibliografía). Con el primero se vienen reconociendo, en contextos diversos del Egeo y el Mediterráneo, los regalos políticos y objetos valiosos con sus propias biografías, atesorados progresivamente por las élites y sus familias u otras instituciones. Diríase, en suma, que los *keimelia* expresarían la riqueza material y simbólica de las “grandes Casas”, linajes, santuarios o algunos espacios singulares. Por su parte, el concepto de *archaikum/archaika* alude a ruinas y elementos variados, con siglos de antigüedad real o ficticia y estrechamente ligados con el mundo de los antepasados, que resultan esenciales para la contrastación arqueológica de las relaciones de vecindad y localidad en ritos y coyunturas de contacto diversas.

Sobre esta base conceptual, recientemente hemos redefinido el Tesoro de Aliseda como un posible *keimelion* con *archaikum* en el diverso panorama del suroeste tartésico (Rodríguez Díaz, e.p.) (Fig. 5, A). Su acepción como *keimelion* nos remite a los aderezos y objetos rituales identificativos de la Casa/linaje principal del poblado y de su historia, exhibidos en momentos clave del ciclo anual, como debió ser el de la exaltación de la primavera en el espacio ritual del “Ejido-Las Cortinas” (Rodríguez Díaz *et al.*, 2017a: 307). Elementos importados y de producción indígena, acumulados de manera progresiva y diversa y transferidos de generación en generación, según se infiere de la diferente cronología de las piezas y de su heterogéneo perfil técnico y analítico (Perea *et al.*, 2010: 84-85). Pero al valor material y biográfico de las piezas debe añadirse el simbolismo de sus decoraciones. En este sentido, como apuntara B. Knapp (2005: 59) para el caso de Chipre, las joyas de



A



B

Fig. 5. A) El Tesoro de Aliseda como *keimelion* con *archaikum* (fotos: MAN); B) Conexiones de la pareja del Tesoro de Aliseda con las antiguas élites del Bronce Final (fotos: fuentes diversas; infografía: J. Diego Carmona Barrero).

Aliseda participarían de una *koiné* iconográfica y simbólica ampliamente reconocida que vinculaba a sus propietarios con otras élites tartésico-mediterráneas y, a la vez, resultaban cruciales para establecer y legitimar su poder social y su posición político-ideológica en el ámbito local.

En conexión con este último aspecto, hemos propuesto también que, dentro del *keimelion* de Aliseda, la “torques de extremos vueltos”¹⁶ jugara el papel de *archaikum* al evocar uno de los principales símbolos de poder e identidad del Bronce Final Atlántico (Castro, 1990: 136-143; Delibes, 2002: 60-63), según se advierte en la orfebrería tipo “Sagrajas-Berzocana” y su posible reflejo en las estelas-guijarro diademadas o “con tocado” de Extremadura (Almagro Gorbea 1977; Perea, 1991 y 2006: 52). Desde dicha perspectiva, esta singular pieza de Aliseda, una versión híbrida o adaptada técnicamente de las torques macizas del Bronce Final (García Vuelta, 2002: 35), pudo aportar a sus poseedores el símbolo legitimador de conexión con el pasado y, por ende, de retroalimentación de la localidad, si bien ya integrado en la travestida ideología del poder reconocible en el resto de las joyas¹⁷ (Fig. 5, B).

Vistas así las cosas, el paisaje ritual del “Ejido-Las Cortinas” se nos revela como un “espacio diferencial”, simbólico y de poder. Por un lado, escenario de una religiosidad disgregada en “círculos rituales” ligados a los principales grupos del poblado con rango y capacidad de asumir roles diferenciados –pero jerarquizados– en la celebración de la primavera (desde el anuncio del orto de Arturo al equinoccio) y, por tanto, para interactuar con las fuerzas propiciatorias de la reproducción del ciclo vital. Una hipótesis que, de admitirse, excluye la existencia de una religiosidad institucionalizada y centralizada en un santuario. Por otra parte, “El Ejido-Las Cortinas” se vislumbra como “arena política” de un modelo inestable de relaciones verticales y horizontales (“jerarquía-heterarquía”), marcado por la estrategia de empoderamiento de una élite, que pretendía anudar la cohesión interna, asentar las relaciones de dependencia y articular-negociar los intereses locales en la “red regional” de contactos multiculturales del suroeste tartésico en plena bonanza orientalizante. No sabemos hasta qué punto esta realidad política podría tener correspondencia con la cartografía segmentada de los diferentes “conjuntos situacionales” que reveló la prospección intensiva del entorno del poblado aliseño. Dicho de otro modo, cabría

¹⁶ La pieza en cuestión es singular y no es propia de la orfebrería orientalizante. Consiste en un aro hueco y rígido, de paredes bastante gruesas, 202 g de peso, un diámetro de 23,50 cm y un grosor decreciente hacia sus extremos vueltos con forma de glandes estilizados. M. Almagro Gorbea hace tiempo reconoció la vinculación de esta joya con las torques del Bronce Final (Berzocana, Bodonal de la Sierra) y, a su vez, la consideró precedente de otras de época ibérica (Mogón, Córdoba) (Almagro Gorbea 1977: 206-207). Posteriormente, A. Perea (2006: 52) la definiría como “gran torques” de carácter masculino, superadas sus dudas iniciales sobre su función (Perea, 1991: 155).

¹⁷ En este mismo sentido valoramos el Tesoro de Ébora (Carriazo, 1970 y 1973), cuya composición es comparable al de Aliseda (diadema, pendientes...) e incluye también una fina torques que pudo hacer las veces de *archaikum*. Caso distinto sería el del Tesoro del Carambolo (Escacena, 2017), probable *keimelion* del santuario. Todos ellos responden a conjuntos de objetos con biografía aparecidos en contextos no funerarios y, por el contrario, más acordes con su doble significado político-simbólico: el propio espacio ritual de Aliseda, el santuario del Carambolo y la posible “Casa/linaje” de Ébora (Rodríguez Díaz, e.p.).

plantearse como hipótesis de futuro a contrastar la posible relación entre dichas agrupaciones campesinas localizadas en torno a los magros recursos de su dominio (hierro, tierra y pastos) y las Casas/linajes vislumbradas en Las Cortinas y que pudieron coexistir-competir en el poblado bajo la hegemonía de la élite del tesoro del mismo modo que pudieron coger lo sobrenatural.

Pero tal dialéctica interna “jerarquía-heterarquía” se atisba más allá del dominio inmediato de Aliseda, en los llanos cacereños, a través de la presencia de edificios rurales (La Ayuela y quizá Torrejón de Abajo) o posibles tumbas (La Lagartera) asimilables a élites o Casas como las inferidas de los bronzes orientalizantes y los restos arquitectónicos de Cancho Roano B-C y Cerro Borreguero II en el Guadiana medio. Entre dichas construcciones, destacamos el complejo rural de La Ayuela, a 30 km al sureste de Aliseda si bien en la misma cuenca hidrográfica del Salor. Aunque pendiente aún la publicación de la monografía de sus excavaciones, se trata de una edificación aislada en el campo, con tres fases protohistóricas superpuestas parcialmente afectadas por una posterior ocupación romana. El proceso constructivo protohistórico se inauguró con una serie de evidencias fundacionales reconocidas como “Ayuela 0” (Rodríguez Díaz *et al.*, 2015: 194-196). En concreto, se trata tres subestructuras con restos cerámicos y animales que debieron consagrar el espacio donde nacería y crecería el edificio. Desde sus comienzos en el siglo VII a.C. hasta su abandono hacia los siglos VI-V a.C., este mantuvo el mismo modelo “de patio central” alrededor del cual se dispusieron sus diferentes ámbitos arquitectónico-funcionales: residencial, de almacenaje, trabajo, etc. La superposición de las tres construcciones (“Ayuela I-III”) sobre un mismo lugar y la continua reutilización de materiales precedentes hablan por sí mismas de la genealogía y de la historia del edificio. En cuanto al registro mueble, mención particular merecen algunos objetos de adorno (anillos de plata y bronce, un pequeño colgante esférico de oro, etc.) relacionados con la orfebrería de Aliseda y que, al menos en algún caso, pudieron ser antiguas reliquias (Fig. 6, 1-4).

Tal complejidad constructiva y la presencia de los referidos ítems de prestigio alimentan la hipótesis de que La Ayuela fuera la residencia de una élite rural con su particular dominio campesino moteado de granjas y caseríos dependientes, que en número superan los registros del entorno de Aliseda, lo cual subraya la entidad socioeconómica, poblacional y política de este enclave (Fig. 6, 5). Pese a desconocer su necrópolis, entre otros aspectos, valoramos La Ayuela como la residencia de una pujante aristocracia con una amplia clientela de familias campesinas (Rodríguez Díaz *et al.*, 2015: 197-199). La investigación futura deberá dirimir si se trata de una casa grande gobernada por un linaje aristocrático o, como intuimos, una posible “gran Casa” que coexistió con las Casas/linajes ligadas al Tesoro de Aliseda en un

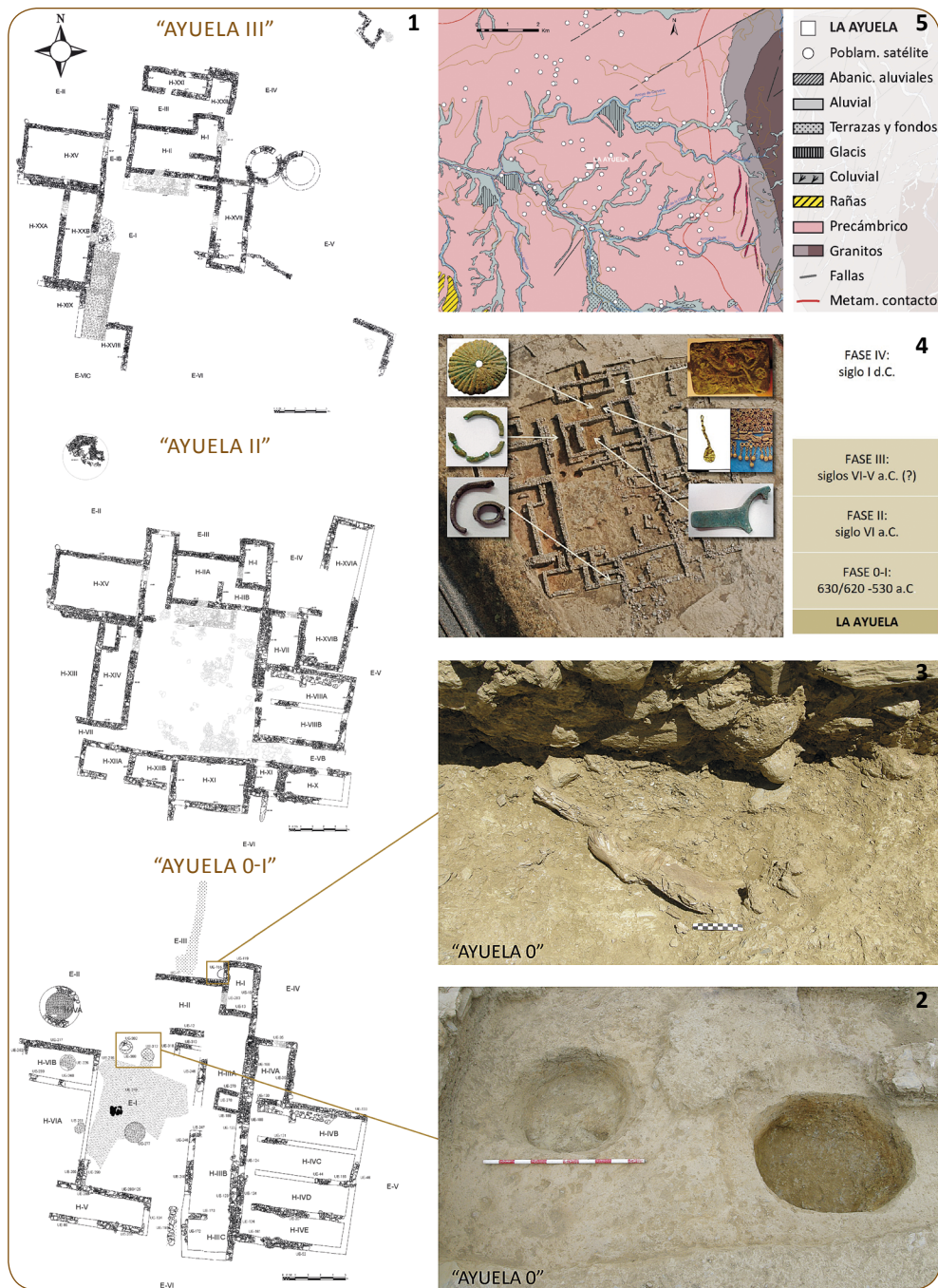


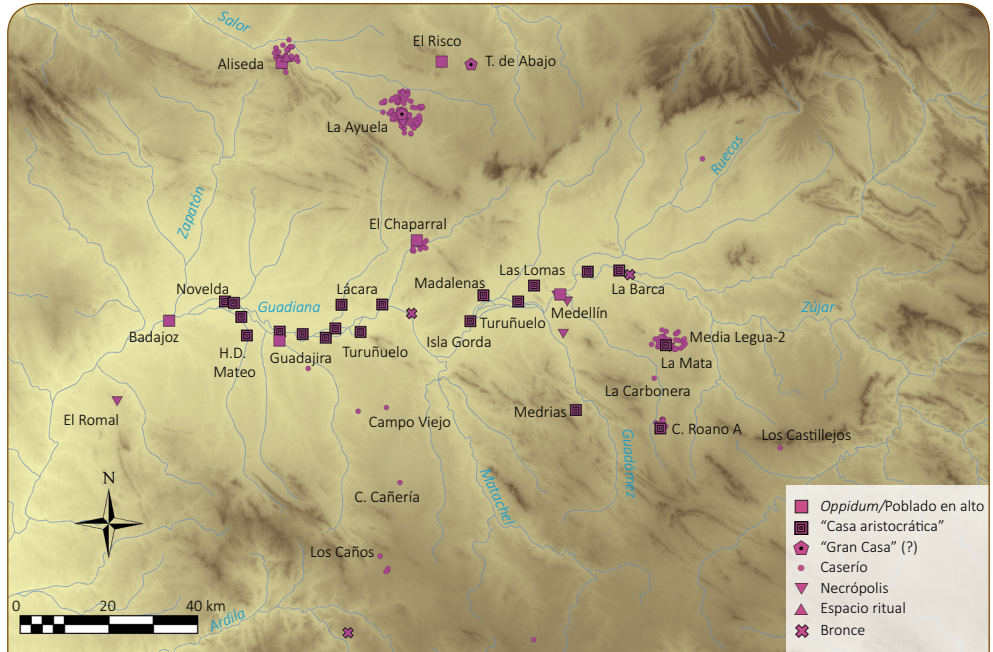
Fig. 6. El complejo rural de La Ayuela (Cáceres). Genealogía y superposición histórica de los edificios ("Ayuela 0-III") (1); Depósitos fundacionales (2-3); Elementos de prestigio y posibles reliquias (4); Restos diversos del poblamiento satélite de La Ayuela (5).

contexto de subordinación, competencia y/o complementariedad no siempre fácil de precisar a partir de las evidencias arqueológicas. Tan lábil equilibrio entre élites rurales y protourbanas y de estas con sus respectivos campesinados tendría una crucial prueba de fuego con la crisis tartésica.

3. LA CRISIS TARTÉSICA Y EL POSTORIENTALIZANTE

A lo largo del siglo VI a.C. se fechan una serie de evidencias arqueológicas (destrucciones, abandonos de hábitats, la desaparición de las “tumbas principescas”, el declive de la minería de la plata y el comercio oriental, el colapso de las colonizaciones agrarias, etc.) que, no sin controversia y según qué zonas, se incardinan en un panorama de crisis y transición del mundo tartésico en el que confluyeron factores internos y externos de muy diversa índole. La abundante literatura sobre el asunto nos ahorra entrar en el debate y los detalles de la denominada “crisis de Tartessos”, cuya superación generó un variado abanico de respuestas en el suroeste ibérico (Escacena, 1993; Alvar, 1993; Rufete, 2002; Gómez, 2007 y 2017; etc.). En dicho contexto, se interpretan nuevas estrategias económicas y territoriales (la vuelta a la tierra y a los recursos marino-fluviales, la reconducción de los circuitos comerciales...) que tendrán en los *oppida* turdetanos del Guadalquivir sus principales centros decisivos (Belén y Escacena, 1994; García Fernández, 2003; Ferrer Albelda *et al.*, 2007). En la vertiente sociopolítica e ideológica se señala la redefinición de las relaciones verticales y horizontales de la sociedad tartésica (Alvar, 1993) y, de un modo más explícito, el reemplazo de las llamadas “aristocracias principescas” o “monarquías sacras” orientalizantes por los “príncipes heroicos” y sus clientelas, cuyo ejercicio del poder más ponderado e isonómico se haría especialmente visible a partir de los siglos V-IV a.C. en los *oppida* y necrópolis de los iberos del sur (Almagro Gorbea, 1996; Ruiz y Molinos, 2007a y 2007b; Ruiz, 2017).

En la antigua periferia septentrional de Tartessos, poco a poco se van reconociendo los rastros arqueológicos de la escalonada crisis del siglo VI a.C., así como las respuestas dadas a dicha coyuntura. Si bien es verdad que aún estamos lejos de ofrecer un discurso cerrado sobre esta etapa, no es menos cierto que el registro disponible deja entrever un panorama muy personalizado respecto a otros ámbitos del sur y suroeste durante estos llamados siglos postorientalizantes (VI-V a.C.). En este sentido, se percibe en el actual territorio extremeño un proceso histórico con manifiestos signos de continuidad con el periodo anterior, diferente al de las emergentes realidades del Guadalquivir (Ferrer Albelda *et al.*, 2007; Ruiz y Molinos, 2007b) y al de las atomizadas agrupaciones familiares del vecino Alentejo portugués (Calado *et al.*, 2007). Como en reiteradas



PERIODO POSTORIENTALIZANTE (SS. VI-V A.C.)

CUENCA MEDIA DEL GUADIANA
(Vegas Altas-La Serena)

CUENCA MEDIA DEL TAJO
(Penillanura del Salor)

HETERARQUÍA-JERARQUÍA

JERARQUÍA-HETERARQUÍA

Crisis y fragmentación de las aristocracias urbanas
Medellín
(Recesión en el oppidum, en la necrópolis y colapso de la colonización agraria)

Élites rurales
"Señorialización latente"

Grupos familiares
Chaparral, Caños

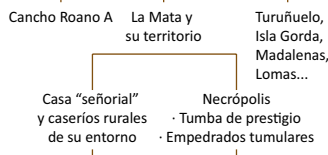
Crisis y declive de las élites proto-urbanas
Aliseda
(Recesión en el poblado, redefinición del círculo ritual de Las Cortinas y "sepultura" del tesoro)

Élites rurales
"Señorialización latente"

Grupos familiares (?)

"Señorialización rural"
"Modelo celular y de poder disgregado"

Nuevas y viejas élites rurales (?)



ARISTOCRACIAS URBANAS EN RECESIÓN

AUGE DE LAS "CASAS ARISTOCRÁTICAS"

GRUPOS FAMILIARES

CASAS/LINAJES EN DECLIVE

"GRANDES CASAS" (?) EN DECLIVE

Fig. 7. El periodo Postorientalizante: poblamiento y modelos sociales.

ocasiones hemos escrito, estaríamos ante una suerte de “huida hacia adelante” liderada por las viejas y nuevas élites, aferradas a la tierra y a la caduca ideología oriental, conforme a sus mermadas capacidades políticas, sus reajustados dominios territoriales y las desiguales posibilidades agrícolas del Tajo y Guadiana medios. Sin embargo, amén de otras formas de ocupación campesinas que progresivamente se van revelando, todas compartieron un mismo destino: su desaparición hacia el crítico 400 a.C. (Rodríguez Díaz, 1994 y 2009) (Fig. 7).

3.1. EL DECLINAR DE LAS CASAS/LINAJES EN EL TAJO MEDIO

Los efectos de la crisis tartésica en los llanos cacereños nos llevan de nuevo al poblado de la Sierra del Aljibe de Aliseda, donde intuimos una recesión de su secuencia ocupacional entre mediados del siglo VI y finales del V a.C. a partir de los sondeos realizados en 1995 (Rodríguez Díaz y Pavón, 1999). Más claros aún nos resultan los reflejos de dicha coyuntura en el círculo ritual de Las Cortinas, que en pleno siglo VI a.C. fue arruinado y clausurado de forma intencionada tras una concurrida comensalía. Sin embargo, dicha acción no supondría ni mucho menos el fin de las celebraciones primaverales en este espacio. Sobre parte de sus ruinas, transfiguradas probablemente en *archaikum* de conexión con sus ancestros, se levantó una versión más simplificada del antiguo círculo ritual, aunque fundamentado en sus mismos principios: la casa, la comensalidad y la primavera. Todo apunta a que el grupo de esta rehabilitada “casa-santuario”, sobrepuesto pero debilitado tras el revés de la crisis del siglo VI a.C., mantuvo la intención de proseguir con la celebración de la primavera y, por tanto, de prolongar en este mismo lugar las estrategias de identidad y cohesión del pasado orientalizante.

Lamentablemente, desconocemos si la Casa/linaje del tesoro alargó también su existencia durante los siglos postorientalizantes. No hay nada que lo confirme ni lo desmienta de forma rotunda, más allá de la proyección especular de la secuencia de Las Cortinas al Ejido y la cronología avanzada que a veces se ha barajado para algunas piezas del tesoro (p.e., la diadema). De admitirse tal perduración, conllevaría asumir, por tanto, la supervivencia de la élite propietaria de las joyas de Aliseda hasta finales del siglo V a.C., si bien en un contexto declinante de su capacidad y primacía políticas. En cualquier caso, fuera en el siglo VI o en las postrimerías del siglo V a.C., intuimos que su sepultura en la “casa-santuario” pudo obedecer más a una liturgia que a una apremiada ocultación, realizada en el lugar donde durante varios siglos habría sido portado y exhibido por la “pareja principal” de Aliseda con motivo de la celebración periódica del renacer de la Naturaleza y, por ende, de su reafirmación sociopolítica. De haber sido así, con dicho acto ritual se clausuraría

el espacio simbólico del “Ejido-Las Cortinas” y probablemente también se abandonarían el poblado con sus caseríos satélites, pero sobre todo sucumbía el sistema sociopolítico que hasta entonces los había sustentado.

Por desgracia, poco podemos precisar también sobre la evolución de la posible “gran Casa” de La Ayuela a partir de mediados del siglo VI a.C., dado el severo arrasamiento de su última fase de ocupación, fechada *grosso modo* en los siglos VI-V a.C. antes de la irrupción de las “copas-Cástulo”. Una limitación esta que obliga a contemplar también la posibilidad de que este complejo rural no llegara superar la recesión tartésica. Sea como fuere, el abandono de La Ayuela vendría igualmente a corroborar el desgaste y el agotamiento del modelo orientalizante en los campos de la penillanura cacereña.

Dentro de este mismo espacio, aunque a cierta distancia, un devenir paralelo al de Aliseda y La Ayuela ilustran el poblado en alto del Risco (Sierra de Fuentes, Cáceres) y el cercano Torrejón de Abajo (Cáceres). Pese a su erosionada estratigrafía, el primero atestigua una ocupación continuada durante el Bronce Final-Postorientalizante entre los canchales de su cima. Un lugar donde, recuérdese, perduraron las cabañas de lastras hincadas hasta el Orientalizante (Enríquez *et al.*, 2001). Por su parte, Torrejón de Abajo, situado a casi 6,5 km al este del Risco, se fecha entre los siglos VI-V a.C., si bien sus afamados broncees relacionados con un lecho funerario denotan una cronología anterior (siglos VII-VI a.C.) (García-Hoz y Álvarez, 1991; Jiménez, 2002: 246-261). Dicho conjunto constructivo, articulado por un patio a cuyo alrededor se distribuyen estancias rectangulares de diferente tamaño muy arrasadas, muestra –a nuestro entender– notables semejanzas estructurales y organizativas con La Ayuela. Sin embargo, sus últimos excavadores lo valoran como una necrópolis aristocrática... pese a la ausencia de tumbas definidas (Jiménez y Ortega, 2008). Fuera de un modo u otro, El Risco y Torrejón de Abajo se abandonaron como Aliseda (y quizá La Ayuela) a finales del siglo V a.C.

A expensas de lo que el futuro investigador pueda deparar, todo ello nos sugiere que el “esplendor orientalizante” en la penillanura cacereña fue ostentoso en sus formas, pero débil e inestable en sus fundamentos organizativos. Los sitios mejor conocidos hasta ahora parecen indicar que fueron declinando progresivamente tras la crisis del siglo VI a.C., ante la incapacidad de las élites dominantes de superar la dialéctica “jerarquía-heterarquía” en que habían surgido y desarrollado. Dicho de otro modo, intuimos que las aristocracias del Tajo medio no llegaron a consolidar en sus respectivos dominios protourbanos o rurales las relaciones clientelares como base de relación sociopolítica. Los restos postorientalizantes conocidos del poblado de Aliseda y, sobre todo, los del espacio ritual de Las Cortinas no transmiten precisamente la afirmación político-territorial del asentamiento o la definición de un sistema ideológico centralizado e institucionalizado en un santuario. Tampoco La

Ayuela o Torrejón de Abajo muestran signos de monumentalización que irradian su poder. Desconocemos en qué proporción, el peso de las tradiciones y de los vínculos de sangre, la magra potencialidad agraria de sus entornos o la relativa densidad y notable dispersión de sus pobladores condicionaron, amén de sus intrínsecas debilidades y contradicciones, el afianzamiento de proyectos políticos basados en la tierra como los que proliferaron en los feraces y poblados campos del Guadiana.

3.2. LAS “CASAS ARISTOCRÁTICAS” DEL VALLE MEDIO DEL GUADIANA

La destrucción a mediados del siglo VI a.C. de una presunta muralla de adobe en el *oppidum* de Medellín, la disminución de los enterramientos en su necrópolis y el abandono mayoritario de los caseríos de la colonización agraria de su territorio ilustran de forma expresiva los reflejos de la crisis tartésica en este enclave, en particular, y probablemente en la cuenca media del Guadiana, en general. En este sentido, venimos proponiendo que la quiebra del “modelo piramidal” orientalizante ejemplificado en Medellín conllevó, por un lado, la fragmentación y ruralización de las aristocracias urbanas; y, por otro, la afirmación de aquellas élites rurales radicadas en el campo desde siglos atrás, incardinadas en lo que en páginas anteriores llamamos “señorialización latente”. En consecuencia y en resumidas cuentas, estaríamos ante un proceso convergente en el control directo de la tierra, principal medio de producción y seguro refugio en tan incierta coyuntura. De este modo, barruntamos que las ricas tierras del Guadiana se convertirían en la vía preferente de salida de la recesión tartésica y, por ende, en alternativa a las dañadas redes de intercambio precedentes.

La abierta apuesta por el campo de las élites postorientalizantes debió de conllevar la reubicación y acomodo de gran parte del campesinado en los nuevos pagos señoriales, sin descartar la promoción e incluso “señorialización” que de forma autónoma pudieron lograr, en el “río revuelto” de la crisis, algunos poseedores de la etapa anterior. Fuera por una vía u otra, por ambas a la vez o por cualquier otra hoy difícilmente rastreable, todo ello nos sugiere el estancamiento de los procesos urbanos orientalizantes y sus expansivos proyectos colonizadores en favor del desarrollo de un pujante proceso de “señorialización rural” reajustado en su dimensión territorial. Al contrario de lo que sucediera en los llanos cacereños, en el valle del Guadiana la dialéctica “jerarquía-heterarquía” revirtió en “heterarquía-jerarquía”, lo cual la distinguiría aún más en el panorama del suroeste ibérico durante los siglos VI-V a.C.

Según se desprende de la evolución de sus estratigrafías y de su necrópolis, Medellín se mantendría habitado en este periodo, aunque significativamente disminuido en su estructura política, su demografía y su dominio territorial. En nuestra opinión, podría decirse que durante esta etapa Medellín dejaría de ser la “capital del

valle” que fuera en los siglos orientalizantes. Una lectura de un Medellín venido a menos que, en esencia, encuentra respaldo en los adelgazados estratos de los sondeos excavados en el *oppidum* y en los 83 enterramientos de su necrópolis datados entre 525-400 a.C., frente a los potentes estratos orientalizantes del poblado y las 175 sepulturas adscritas al periodo 675-525 a.C., respectivamente (Almagro Gorbea y Martín, 1994; Almagro Gorbea, 2010). Aun así, sus campos más cercanos debieron continuar ocupados como dejan entrever algunas evidencias funerarias y habitacionales (Almagro Gorbea, 1977; Menéndez *et al.*, 2013; Sevillano *et al.*, 2013). Pero al mismo tiempo, grandes edificios de adobe, deudores de la edilicia oriental y orientalizante, alcanzarían su máximo desarrollo a lo largo del Guadiana y en sus comarcas aledañas. Entre estos, un lugar preferente lo ocupan Cancho Roano (Zalamea de la Serena) y La Mata (Campanario), separados entre sí apenas 20 km y localizados ambos en la comarca de La Serena (Badajoz).

Sobre Cancho Roano, levantado con evidentes signos de monumentalización en una zona adhesionada, poco podemos añadir a lo sobradamente conocido de este enclave, cuya excavación iniciara J. Maluquer a finales de los años setenta y que, tras su desaparición, prosiguiera S. Celestino (Maluquer de Motes, 1981 y 1983; Maluquer de Motes *et al.*, 1986; Celestino y Jiménez, 1993; Celestino, 1996, 2001 y 2003; etc.). Actualmente este edificio de los siglos VI-V a.C. se reconoce como “Cancho Roano A” por cuanto se asienta sobre los ya referidos “Edificios B y C” fechados en el siglo VI a.C. Esta última construcción de la serie se define por su imponente fachada torreada, una planta en “U” abierta al este organizada en tres ámbitos funcionales (residencial, simbólico y de almacenaje-administración), articulados por un corredor transversal. Todo el conjunto está rodeado por un recinto de habitáculos a modo de casernas, un terraplén y un foso. En relación con la genealogía de “Cancho Roano A”, cabría referir el discutido hallazgo de una estela de guerrero colocada bocarriba como peldaño de la puerta principal del edificio. Si bien es verdad que la ubicación de la estela en un sitio tan relevante, para ser vista y pisada a la vez, se presta a múltiples explicaciones (Celestino, 1996: 289), no descartamos que dicha pieza, cuya significación simbólica e identitaria es innegable, pudiera constituir junto a las propias ruinas de los edificios más antiguos verdaderos *archaika* o nexos legitimadores con el pasado del grupo que ahora gobernó el edificio y su historia (Rodríguez Díaz *et al.*, 2007a: 109, nota 21). En este sentido, es sabido que en un principio Maluquer concibió Cancho Roano como un “palacio-santuario”, aunque tras su muerte se abrió un vivo debate sobre su carácter “sacro” o “palacial” que acabaría atrapando al yacimiento en una amplia historiografía que, con versiones y matices diversos, se prolonga hasta hoy (Almagro Gorbea y Domínguez, 1988-89; Almagro Gorbea *et al.*, 1990; López, 1990; Celestino y Jiménez, 1993; Celestino, 1996; Jiménez, 1997 y 2009; Prados, 2010b; Almagro Gorbea y Torres, 2007; etc.) (Fig. 8).

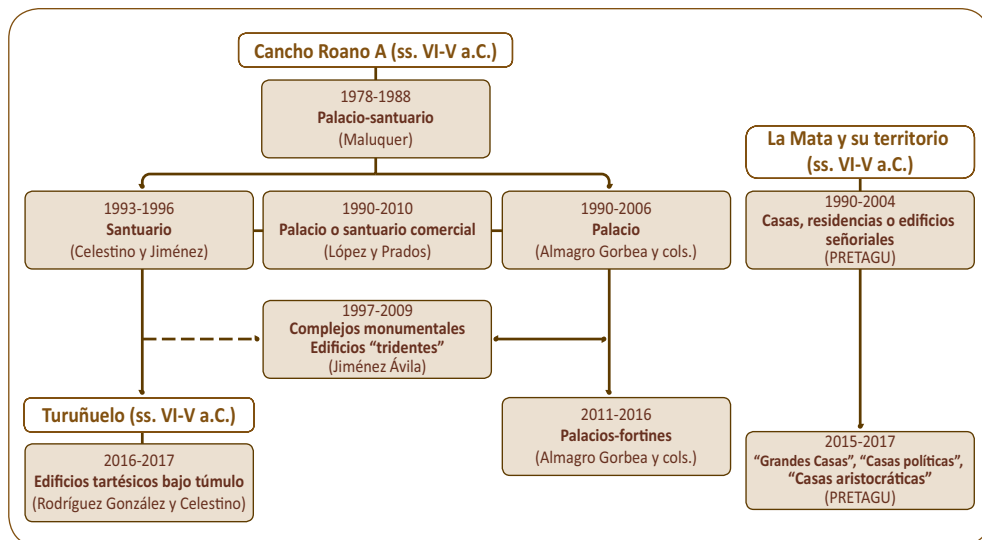


Fig. 8. El debate “palacio/santuario” sobre Cancho Roano y la “tercera vía” de la “Casa aristocrática” de La Mata.

En plena efervescencia de dicho debate y con la pretensión de trascenderlo, llevamos a cabo entre 1990-2002 la excavación y el estudio territorial del edificio de La Mata (Rodríguez Díaz y Ortiz, 1998; Rodríguez Díaz, 2004). Pese a ser también muy conocido, no podemos obviar los principales resultados obtenidos en dicho proyecto por cuanto sustentan en gran parte nuestra particular lectura sobre este periodo. De forma sintética, recordemos que La Mata es un edificio de doble planta que guarda notables semejanzas con Cancho Roano, si bien aparentemente de inferior calidad constructiva y menor riqueza de materiales¹⁸. Como el edificio de Zalamea de la Serena, la fachada de La Mata se abre al este y fue monumentalizada con dos potentes y emblemáticos torreones. Con una pretensión también más de prestigio que de defensa, el conjunto fue rodeado por un muro de mampuestos, un terraplén y un foso, que delimitó un espacio aproximadamente cuadrangular de 50 m de lado. La planta baja se organizó en tres ámbitos funcionales, doméstico-productivo, de almacén y descanso (?), abiertos a un espacioso corredor transversal. En el primero de ellos, conformado por las Estancias 1 y 2, subrayamos el papel simbólico que jugó el gran hogar central de la E-2, como fuego principal del edificio y con el posible culto a los ancestros (Rodríguez Díaz, 2004: 200-202). Asimismo, destacamos la aparición en el

¹⁸ El edificio de La Mata es contemporáneo al de “Cancho Roano A”. De forma premeditada no se excavaron niveles inferiores, por lo que desconocemos si existieron construcciones más antiguas.

extremo norte del corredor E-4 de un pequeño lagar de vino, cuyas reducidas dimensiones relacionamos con una producción limitada y un consumo interno del mismo en clave aristocrática y simbólica, como sugieren las copas áticas encontradas (Rodríguez Díaz, 2004: 203-208). En el extremo opuesto de E-4, se localizó la escalera de acceso a la planta superior, probablemente no muy diferente de la inferior a tenor de los restos encontrados. Por encima, suponemos una cubierta plana, ocupada por una gran azotea destinada a tareas diversas, entre las cuales pudo estar la molienda colectiva dado el gran número de molinos barquiformes documentado entre los escombros del edificio provocados por su incendio. Este, a tenor del registro obtenido, no fue programado ni intencionado. En La Mata no hay evidencias de sellado de puertas, desmontaje de estructuras o hecatombe final, como se afirma –si bien con severas críticas– en Cancho Roano (Celestino, 2001: 51-53 *vs.* Jiménez, 2012). El incendio que arruinó La Mata, aunque imprevisto e inscrito en una coyuntura de crisis que veremos enseguida, permitió a sus moradores salvar *in extremis* buena parte de sus enseres y herramientas (almacén semivacío, dispersión de semillas, grandes vasijas en algunas puertas...), de sus objetos valiosos y reliquias (recipientes de bronce, joyas...) (Rodríguez Díaz, 2004: 105, 146, 148, 287, 367 y 391).

A partir de todo ello, identificamos La Mata con una “casa señorial” con aspecto de fortaleza o “casa fuerte”, probable residencia de una élite rural formada por un grupo de 15-30 personas y liderado por una suerte de “señor del campo”. Una lectura esta que reforzaron los resultados obtenidos en la prospección sistemática de su entorno y la reexcavación de una tumba de sillares descubierta en 1930 a 1 km al sureste del edificio. La prospección permitió estimar el dominio de La Mata en unas 6.300 ha, divididas casi a partes iguales en una zona de pastos-monte y otra de labor irrigada por la cuenca del río Molar. En esta última se catalogaron numerosas evidencias asimilables a una cuarentena de caseríos subordinados al “edificio señorial”, probablemente habitados por familias campesinas (15 personas) que explotarían en régimen bienal lotes de tierra de *c.* 20 ha dedicadas al cereal (sin contar legumbres y frutales). Uno de ellos, el de Media Legua-2, sería sondeado en 2006 con resultados positivos (Rodríguez Díaz, 2004: 513-522; Rodríguez Díaz *et al.*, 2007: 88-90)¹⁹. Por su parte, la reexcavación de la tumba de sillares confirmó su entidad y calidad constructiva, así como su probable cronología protohistórica en función de su morfología y de algunos materiales. Una valoración que posteriormente sería refrendada por la información recobrada de las exploraciones de 1930. Pese a constatar su

¹⁹ A medio camino entre La Mata y Cancho Roano, cabría referir en esta misma línea los resultados de la intervención de urgencia realizada en el sitio de La Carbonera (La Guarda-Campanario, Badajoz) (Sánchez *et al.*, 2013).

expolio en época romana, sus excavadores llegaron a calificar la tumba de “sepulcro hispánico” y comparar algunas de las cerámicas recuperadas con las aparecidas en la cámara de Toya (Pavón *et al.*, 2013). No lejos de esta sepultura se excavó un conjunto de empedrados tumulares muy alterados. En síntesis, el edificio monumental, el sepulcro de prestigio perteneciente al/os fundador/es del grupo y el poblamiento satélite, todos visibles entre sí, se nos revelaron como elementos definitorios de una verdadera “célula de poder rural”, afirmada en la propiedad de la tierra, el control y explotación de sus recursos mediante un campesinado dependiente, y legitimada por los ancestros enterrados en la necrópolis (Fig. 9, A).

Por su parte, el análisis macroespacial de La Mata, basado en una particular metodología de prospección selectiva del tránsito Serena-Vegas Altas del Guadiana y luego extendida a las Vegas Bajas (Duque, 2001), reveló la existencia a lo largo del Guadiana de un significativo número de túmulos asimilables a edificaciones de proporciones similares a La Mata o Cancho Roano (Madalenas, La Barca, Medrias, el explanado de Las Lomas...) y otras aún más grandes y monumentales (Isla Gorda, Turuñuelo de Guareña²⁰). Un panorama realmente novedoso en su momento, expresivo del apogeo del ruralismo en el Guadiana medio que, como expusimos más arriba, coincide justamente con la más que probable pérdida de entidad político-territorial y capacidad demográfica de Medellín en estos siglos VI-V a.C.²¹

En función de todo ello, propusimos para los siglos postorientalizantes el desarrollo en el Guadiana medio de un modelo organizativo “celular de poder disgregado”, de tintes heterárquicos, valorado en el marco de las diferentes respuestas dadas a la crisis tartésica en los diversos territorios del suroeste peninsular. Una lectura esta que nos permitió de entrada desmarcarnos del debate “palacio/santuario” surgido en torno a Cancho Roano y, con el paso del tiempo, consolidarla como propuesta alternativa basada en la conceptualización de estas singulares edificaciones como “edificios señoriales” o “residencias aristocráticas”, que es la que —a nuestro juicio— mejor se ajusta a su polivalente significación socioeconómica, política y simbólica.

²⁰ Este túmulo, catalogado como sitio romano por J. Suárez de Venegas Sanz (1986: 166) en su tesina de licenciatura, sufrió en 1997 una severa actuación agrícola en todo su perímetro que dejó al descubierto expresivas estratigrafías y restos propios de los edificios postorientalizantes conocidos hasta entonces (Rodríguez Díaz y Ortiz, 1998: 243). En la actualidad, esta gran edificación está siendo excavada por el IAM de Mérida, con gran repercusión en los medios de comunicación. Por lo dado a conocer hasta ahora, se infiere que sus excavadores abogan por el carácter cultural del conjunto y una hecatombe final que parece proyectar, aunque con matices, la interpretación de Cancho Roano sobre este nuevo edificio (Rodríguez González, 2016; Celestino y Rodríguez González, 2017; Rodríguez González y Celestino, 2017b) (Fig. 8).

²¹ Casi veinte años después, este panorama ha sido “redescubierto” y redefinido de forma pasmosa por algunos autores bajo la inespecífica expresión de “edificios tartésicos bajo túmulo” (Rodríguez González, 2016; Rodríguez González y Celestino, 2017a: 222-227); edificios considerados por estos mismos estudiosos dependientes del inexistente (por no contrastado arqueológicamente) poblado tartésico-orientalizante de Entrerriós, como ya se argumentó en la nota 11 de este mismo trabajo.

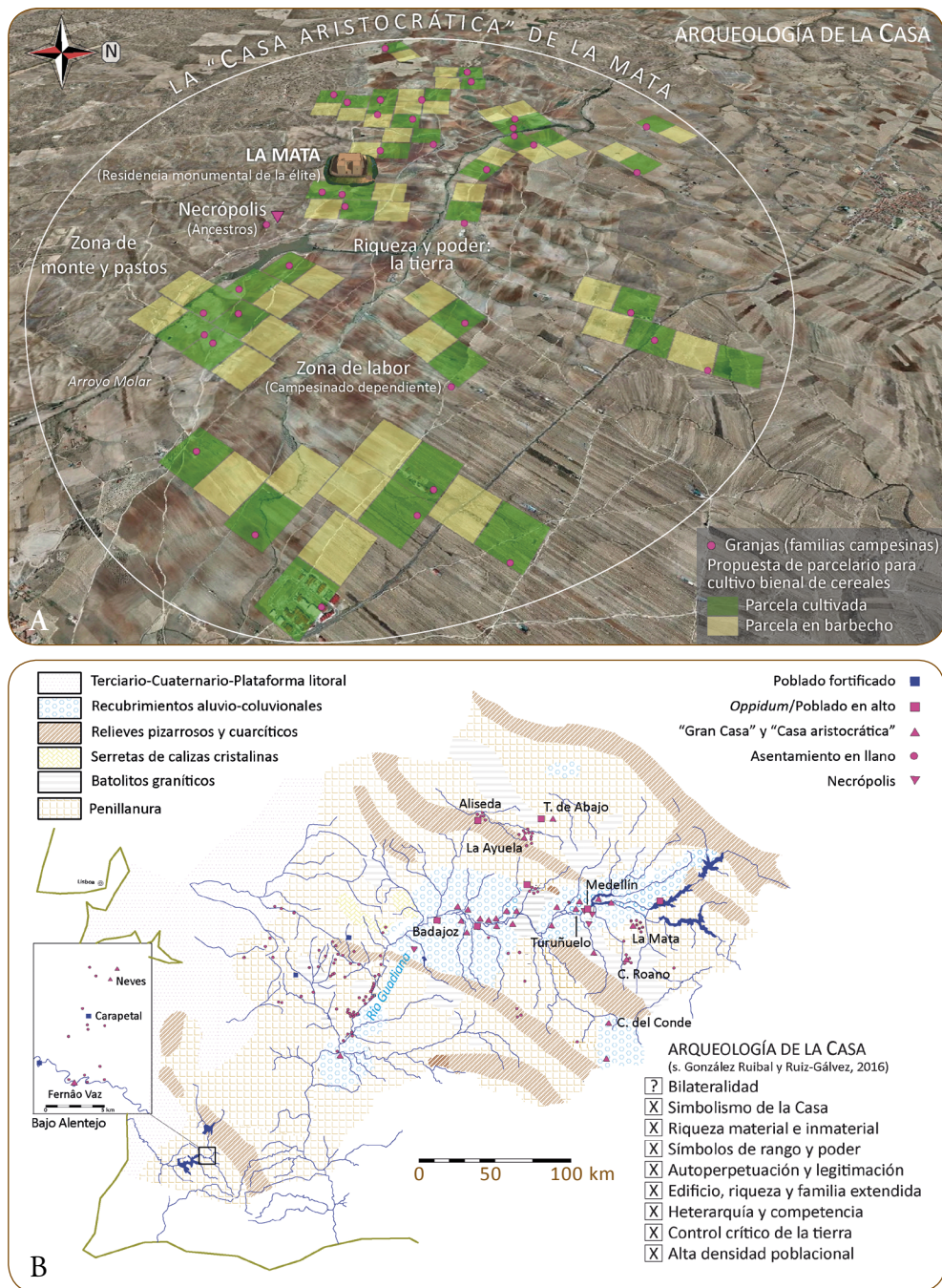


Fig. 9. A) La “Casa aristocrática” de La Mata: edificio, necrópolis y caseríos con teóricas parcelas de cultivo bienal de cereales; B) Las “Casas aristocráticas” y su vinculación a las mejores tierras del Guadiana medio (rellenos sedimentarios), con cotejo general de indicadores arqueológicos de las “Sociedades de Casa” (elaboración propia a partir de Sanabria, 2008).

Ahondando en esa “tercera vía” explicativa de estos edificios, no hace mucho hemos apuntado la posible conexión de estas grandes construcciones con la concepción de Casa de Lévi-Strauss, ya avanzada en páginas precedentes (Fig. 8). Como es conocido, desde dicha perspectiva antropológica, la Casa se entiende como una institución social compleja, identificada con “una persona moral detentadora de un dominio constituido a la vez por bienes materiales e inmateriales, que se perpetúa por la transmisión de su nombre, de su fortuna y sus títulos en línea real o ficticia, tenida por legítima con la sola condición de que esta continuidad pueda explicarse en el lenguaje del parentesco o de la alianza y, las más de las veces, de los dos a la vez” (Lévi-Strauss, 1979 [2011]: 150). Se trata, en suma, de un sistema cognaticio fundado en toda clase de maniobras sociales camufladas en el parentesco, encaminado a mantener, acrecentar y prolongar en el tiempo la riqueza y el rango de la Casa en un contexto de competencia y crecientes desigualdades sociales. (Gillespie, 2000, 2007 y 2012: 33-34; Gonzalez Ruibal, 2009: 245). En este punto, es oportuno recordar que en el ámbito del parentesco tienen cabida los consanguíneos, los afines y los parientes ficticios, cuya relación no es biológica sino social, integrándose como una suerte de “hijos adoptivos” (González Echevarría *et al.*, 2000: 12). Cuestión esta última que, a nuestro juicio y en la línea apuntada en páginas precedentes, permitiría identificar como parientes ficticios a los “clientes y semidependientes” de la Casa (Lévi-Strauss, 1979 [2011]: 148-149; Gillespie, 2000: 25) y, por tanto, la clientela como un mecanismo/estrategia más de crecimiento de la misma y quizá no tan exclusivo e identificativo de los linajes gentilicios patrilineales como se ha venido asumiendo (Torelli, 1996: 72-80; Ruiz, 2000; Ruiz-Gálvez, en este volumen).

Recientemente, A. González Ruibal y M. Ruiz-Gálvez (2016) han explorado las posibilidades explicativas de este modelo antropológico en la pre y protohistoria mediterráneas, señalando una serie rasgos definidores de las “Sociedades de Casa” susceptibles de reconocerse en el registro arqueológico y literario. Entre estos destacan la bilateralidad cognaticia, su simbolismo, sus inversiones materiales, los elementos de rango, sus vínculos con el pasado, las posibles referencias textuales a la riqueza material y la familia extendida que las habita, la heterarquía, la competencia y, en general, su distinción de jefaturas y Estados. Sobre estos últimos aspectos, dichos autores llegan a decir que cuando una “Sociedad de Casa” deja de funcionar de manera heterárquica, deja de ser una “Sociedad de Casa”. Asimismo, relacionan el surgimiento de las “Sociedades de Casa” con sistemas agrícolas complejos, donde la disponibilidad de tierras agrícolas es limitada, o donde hay altas densidades de población o la población se concentra en los mejores sectores agrícolas, haciendo que el control de la tierra sea una herramienta crítica para la adquisición del poder. Entre los casos de estudio que abordan está Etruria, profundizando

en la propuesta alternativa de C. Riva (2011) al modelo principesco de autoridad política (Torelli, 1996). En esta línea, González Ruibal y Ruiz-Gálvez subrayan que los denominados “palacios” orientalizantes (Murlo) –identificables con “grandes Casas” o “Casas-palacio” (primando la Casa como rasgo sustantivo)– se apropiaron de elementos y emblemas de poder característicos de los Estados orientales con el fin preferente de reforzar la dignidad de los jefes de las Casas sin importar realmente la idea del Estado centralizado. De hecho, relacionan el fin de las sociedades basadas en la Casa en Etruria y el *Latium* con el desarrollo progresivo de la ciudad-estado, y aún más con el Estado centralizado, del que Roma sería un ejemplo claro a partir del siglo V a.C. (González Ruibal y Ruiz-Gálvez, 2016: 426).

No sabemos hasta qué punto sitios como La Mata, Cancho Roano u otros del Guadiana medio, entendidos como residencias de pujantes aristocracias y células organizativas que sintetizaron –en sus edificios, dominios y tumbas– tradición e innovación, donde la genealogía y la descendencia pudieron coexistir e incluso fusionarse con fórmulas clientelares sobre la propiedad y uso de la tierra, conformaron una “Sociedad de Casa” tal y como la concibiera Lévi-Strauss. Si bien es cierto que el registro arqueológico disponible a día de hoy condiciona la contrastación plena de los indicadores propuestos por González Ruibal y Ruiz-Gálvez (2016), no son pocos los que, a nuestro juicio, reúnen estos edificios en su conjunto –y, en particular, La Mata– aproximándolos a dicho modelo al menos a nivel de hipótesis contrastable (Fig. 9, B)²².

Pero dicho esto y a fin de ponderar las constricciones que los modelos antropológicos a menudo imponen a los arqueólogos, los edificios postorientalizantes del Guadiana medio bien pudieran reflejar una variante más de la Casa dentro de la gran variabilidad atestiguada etnográfica e históricamente de lo que ha conformado y representado esta institución a lo largo del tiempo, tanto en las sociedades difusamente “centradas en la Casa” como en las más acotadas “Sociedades de Casa” de Lévi-Strauss (Gillespie, 2000 y 2007). Fuera de un modo y u otro, lo cierto es que estos edificios, con antecedentes rastreables en los siglos previos e incluso en ocasiones superpuestos a las ruinas de otros más antiguos (*archaika*), cada vez más se nos muestran como verdaderas “Casas políticas” enmarcadas en una época de fuerte competencia por la tierra. “Casas políticas” que, aunque de forma efímera y bajo los mismos principios de época orientalizante, consiguieron prolongar su coexistencia ajustando sus alianzas y reajustando la escala territorial de sus dominios

²² Una posición más reservada que la nuestra ofrece Marisa Ruiz-Gálvez en este mismo volumen, como ejemplo claro del rico debate suscitado en torno a la Casa y la aplicación de sus indicadores arqueológicos, que se prolongó “más allá” de las Jornadas. Un hecho este que no puede ser más alentador y estimulante de cara al futuro investigador.

y clientelas favorecidas por la feracidad de la tierra y el potencial demográfico preexistente, entre otros aspectos. En definitiva, “Casas aristocráticas”²³ o “señoriales” que muestran durante estos siglos un grado de monumentalidad y riqueza de materiales (un aspecto “palacial”, si se quiere) que las aproxima y distingue a la vez de las posibles “grandes Casas” precedentes, pero cuyo contexto heterárquico las distancia de los sistemas palaciales/monárquicos-principescos en sentido estricto²⁴ (Rodríguez Díaz *et al.*, e.p.; Rodríguez Díaz *et al.*, 2015: 202 y 2017a: 307; Rodríguez Díaz, e.p.).

Una visión cartográfica más amplia del fenómeno, como la elaborada por D. Sanabria (2008: 136, fig. 72), parece confirmar la relación de estos grandes edificios con las mejores y las más pobladas tierras (Fig. 9, B). De hecho, más allá de las “Casas aristocráticas” del valle del Guadiana, en sus márgenes menos favorables para la agricultura, se constata la existencia de grupos autónomos de carácter básicamente familiar, como los representados en los caseríos de Los Caños de Zafra (Rodríguez Díaz *et al.*, 2006) o El Chaparral de Aljucén (Sanabria, 2008), próximos a su vez a los que vienen reconociéndose en el Alentejo portugués entre los siglos VII-V a.C. (Calado *et al.*, 2007; Mataloto, 2004, 2009 y 2010-11; Figueiredo y Matoloto, 2017).

Dichos planteamientos nos hacen más entendibles y reconocibles las debilidades y las contradicciones del modelo heterárquico del Guadiana medio que desde hace tiempo venimos defendiendo: la dialéctica “campo-ciudad”, la fragmentación del poder, la cooperación/competencia y desigual monumentalidad entre las “Casas aristocráticas” que reflejan sus diferentes dimensiones y capacidades de acumulación-ostentación, su apego a la tradición revestida de los símbolos orientalizantes en un tiempo de profundos cambios sociopolíticos en otros contextos peninsulares o la carencia de un aparato coercitivo mínimamente afianzado que las dejaba al albur de toda clase de avatares internos y externos, como pudieron ser posibles revueltas sociales o las presiones de los vecinos pueblos meseteños. Es probable que la concurrencia de tales circunstancias, junto a otras aún por explorar, acabara por prender la mecha que incendiara y arruinara estas “grandes Casas” hacia el 400 a.C. y, por ende, las relaciones clientelares.

A partir de entonces, sobre las “tierras quemadas” del Guadiana y los campos abandonados del Tajo, las familias, las comunidades y las élites de la fenecida periferia norte de Tartessos se verían abocadas a una profunda reorganización socioeconómica

²³ La expresión “Casa aristocrática” fue utilizada también por S. D. Gillespie (2000: 25-26) para referirse a las Casas principales de los Kwakiutl, a sus jerarquías y a las de sus individuos, con versátiles estrategias matrimoniales dirigidas a perpetuar e incrementar el patrimonio de la Casa.

²⁴ Aun así, no ignoramos las diferentes escalas y acepciones (coloquiales o no) del término “palacio” a lo largo del tiempo: residencia regia, casa solariega, vivienda suntuosa..., según la RAE.

y territorial, a reajustes demográficos y, por supuesto, a cambios políticos e ideológicos. En este sentido, quizá los aspectos que mejor expresen las transformaciones del nuevo tiempo que alumbraría el siglo IV a.C. sean la redefinición del poder y la conformación de los grupos étnicos (lusitanos, vettones, célticos y túrdulos), cuyas identidades y geografías nos legaron los autores grecolatinos y que, andando el tiempo, conocerían la llegada de los romanos.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO BASCH, M. (1961): “El depósito del Bronce III Hispano de Cabezo de Araya. Arroyo de la Luz (Cáceres)”, *Revista de Estudios Extremeños*, XVII-I, pp. 5-26.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1977): *El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura. Bibliotheca Praehistorica Hispana*, XIV, CSIC-Universidad Valencia, Madrid.
- (1996): *Ideología y Poder en Tartessos y el mundo ibérico. Discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia*, RAH, Madrid.
- (2006) (dir.): *La necrópolis de Medellín. I. La excavación y sus hallazgos. Bibliotheca Archaeologica Hispana*, 26, RAH, Madrid.
- (2008a) (dir.): *La necrópolis de Medellín. II. Estudio de los hallazgos. Bibliotheca Archaeologica Hispana*, 26-2, RAH, Madrid.
- (2008b) (dir.): *La necrópolis de Medellín. III. Estudios analíticos. IV. Interpretación de la necrópolis. V. El marco histórico de Medellín-Conisturgis. Bibliotheca Archaeologica Hispana*, 26-3, RAH, Madrid.
- (2010): “Paleodemografía de la necrópolis tartesia de Medellín (España)”, *Revista de Demografía Histórica*, 28-1, pp. 33-69.
- (2013): “La sociedad tartesia”, en J. M. Campos Carrasco y J. Alvar Ezquerro (eds.): *Tarteso. El emporio del metal*, Almuzara, Córdoba, pp. 491-509.
- ALMAGRO GORBEA, M. y DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, A. (1988-89): “El palacio de Cancho Roano y sus paralelos arquitectónicos y funcionales”, *Zephyrus*, XLI-XLII, pp. 339-382.
- ALMAGRO GORBEA, M., DOMÍNGUEZ, A. y LÓPEZ, F. (1990): “Cancho Roano. Un palacio orientalizante en la Península Ibérica”, *Madridener Mitteilungen*, 31, pp. 251-308.
- ALMAGRO GORBEA, M., LORRIO, A., MEDEROS, A. y TORRES, M. (2008): “La ciudad-estado de Medellín-Conisturgis y la cuenca del Guadiana en el Periodo Orientalizante”, en M. Almagro Gorbea (dir.), 2008b, pp. 1.033-1.059.
- ALMAGRO GORBEA, M., MARTÍN BRAVO, A. M.^a (1994): “Medellín 1991. La ladera norte del Cerro del Castillo”, M. Almagro Gorbea y A. M.^a Martín Bravo (eds.): *Castros y Oppida en Extremadura. Complutum*, Extra 4, pp. 77-127.
- ALMAGRO GORBEA, M. y TORRES ORTIZ, M. (2007): “Las fortificaciones tartésicas en el suroeste peninsular”, en L. Berrocal Rangel y P. Moret (eds.): *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro. Las murallas protohistóricas de La Meseta y la vertiente atlántica en su contexto europeo*, RAH-Casa de Velázquez, Madrid, pp. 35-55.
- ALVAR EZQUERRA, J. (1993): “El ocaso de Tarteso”, en J. Alvar Ezquerro y J. M.^a Blázquez Martínez (eds.), pp. 187-200.

- ALVAR EZQUERRA, J. y BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M.^a (eds.) (1993): *Los enigmas de Tarteso*, Cátedra, Madrid.
- APPADURAI, A. (ed.) (1986): *The social life of things. Commodities in cultural perspective*, Cambridge University Press, Nueva York (trad. española, Méjico, 1991).
- ARMADA PITA, X. L. (2006-07): "Vasos de bronce de momentos precoloniales en la Península Ibérica: algunas reflexiones", *Revista d'arqueologia de Ponent*, 16-17, pp. 270-280.
- ARMADA PITA, X. L., RAFEL, N. y MONTERO, I. (2008): "Contactos precoloniales, actividad metalúrgica y biografías de objetos de bronce en la Península Ibérica", en S. Celestino Pérez, N. Rafel y X. L. Armada (eds.): 465-508.
- AUBET SEMMLER, M.^a E. (1984): "La aristocracia tartésica durante el Periodo Orientalizante", *Opus*, 3, pp. 445-468.
- (1990): "El impacto fenicio en el interior del mediodía peninsular", *La Cultura Tartésica y Extremadura. Cuadernos Emeritenses*, 2, MNAR, Mérida, pp. 29-44.
- (1995): "Aproximación a la estructura social y demográfica tartésica", en D. Ruiz Mata (ed.): *Tartessos 25 años después. 1968-1993. Jerez de la Frontera. Actas del Congreso conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Jerez de la Frontera, pp. 401-409.
- BARCELÓ ÁLVAREZ, J. A. (1992): "Una interpretación socioeconómica del Bronce Final en el sudoeste de la Península Ibérica", *Trabajos de Prehistoria*, 49, pp. 259-275.
- BARRIL VICENTE, M. y RODERO RIAZA, A. (dir.): *Torques, belleza y poder*, CAM, Madrid.
- BELARTE FRANCO, M.^a C. (ed.) (2009): *L'espai domèstic i l'organització de la societat a la protohistòria de la Mediterrània occidental (Ier mil.lenni a. C.). Actes de la IV Reunió Internacional d'Arqueologia de Calafell (Calafell-Tarragona, 6 al 9 de març de 2007)*, *Arqueo Mediterrània*, 11/2009.
- BELARTE FRANCO, M.^a C., GARCÍA, D. y SANMARTÍ, J. (eds.) (2016): *Les estructures socials protohistòriques a la Gàl·lia i a Ibèria. Homenatge a Aurora Martín i Enriqueta Pons. Actes de la VII Reunió Internacional d'Arqueologia de Calafell (Calafell, del 7 al 9 de març de 2013)*. *Arqueo Mediterrània*, 14/2015.
- BELARTE FRANCO, M.^a C. y SANMARTÍ GREGÓ, J. (eds.) (2007): *De les comunitats locals als estats arcaics: la formació de les societats complexes a la costa del Mediterrani occidental. Homenatge a Miquel Cura. Actes de la III Reunió Internacional d'Arqueologia de Calafell (27 al 27 de novembre de 2004)*. *Arqueo Mediterrània*, 9/2006.
- BELÉN DEAMOS, M.^a y ESCACENA CARRASCO, J. L. (1994): "El poblamiento en la Baja Andalucía durante los siglos V-IV a. C.", en J. Fernández Jurado, C. García y P. Rufete (coords.): *La Andalucía ibero-turdetana (siglos VI - IV a. C.)*. *Huelva Arqueológica*, 14, Diputación de Huelva, Huelva, pp. 31-59.
- BENDALA GALÁN, M., HURTADO, V. y AMORES, F. (1979-80): "Tres nuevas estelas de guerrero en la provincia de Córdoba", *Habis*, 10-11, pp. 381-390.
- BERROCAL RANGEL, L. y SILVA, A. C. (2010): *O Castro dos Ratinhos (Barragem do Alqueva, Moura). Excavações num povoado proto-histórico do Guadiana, 2004-2007. O Arqueólogo Português*, suplemento 6, Museu Nacional de Arqueologia, Lisboa.
- BLANCO FREIJEIRO, A. (1956): "Orientalia. Estudios de objetos fenicios y orientalizantes en la Península", *Archivo Español de Arqueología*, 29, pp. 3-51.
- BLANCO GONZÁLEZ, A. (2011): "From Huts to 'The House': the shift in perceiving home between the Bronze Age and the Early Iron Age in Central Iberia (Spain)", *Oxford Journal of Archaeology*, 30-4, pp. 393-410.

- BRANDHERM, D. (2007): *Las espadas del Bronce Final en la Península Ibérica y Baleares. Prähistorische Bronzefunde, Abteilung Iv*, 16. Band. Stuttgart, Franz Steiner Verlag.
- BUENO RAMÍREZ, P., BALBÍN, R. y BARROSO, R. (2005): “Hiérarchisation et métallurgie: statues armées dans la Péninsule Ibérique”, *L'Anthropologie*, 109-4, pp. 577-640.
- CALADO, M., MATALOTO, R. y ROCHA, A. (2007): “Povoamento proto-histórico na margen direita do regolfo de Alqueva (Alentejo, Portugal)”, en A. Rodríguez Díaz e I. Pavón Soldevila (eds.), pp. 129-179.
- CARRIAZO ARROQUIA, J. de M. (1970): *El tesoro y las primeras excavaciones de Ébora (Sanlúcar de Barrameda). Excavaciones Arqueológicas en España*, 69, Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid.
- (1973): *Tartessos y El Carambolo*, Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid.
- CASTRO PÉREZ, L. (1990): *Os torques prehistóricos*, Servicio de Publicaciones de la USC, Santiago de Compostela.
- CELESTINO PÉREZ, S. (ed.) (1996): *El Palacio-Santuario de Cancho Roano, V-VI-VII. Los Sectores Oeste, Sur y Este*, Consejería de Cultura de la Junta de Extremadura, CEDER “La Serena” y B. Gil de Santa Cruz, Madrid.
- (2001a): *Estelas de guerrero y estelas diademadas. La precolonización y formación del mundo tartésico*, Bellaterra, Barcelona.
- (2001b): “Los santuarios de Cancho Roano. Del indigenismo al orientalismo arquitectónico”, en D. Ruiz Mata y S. Celestino Pérez (eds.), pp. 17-56.
- (2003) (ed.): *Cancho Roano, VIII-IX. Los materiales arqueológicos I-II*, Consejería de Cultura de la Junta de Extremadura, Mérida-Madrid.
- (2005): “El Periodo Orientalizante en Extremadura y la colonización tartésica del interior”, en S. Celestino Pérez y J. Jiménez Ávila (eds.), pp. 767-785.
- (2016): *Tarteso. Territorio y cultura*, Ariel, Barcelona.
- CELESTINO PÉREZ, S. y JIMÉNEZ ÁVILA, J. (1993): *El Palacio-Santuario de Cancho Roano IV. El Sector Norte*, Bartolomé Gil Santacruz, Badajoz.
- (2005) (eds.): *El Periodo Orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental. Anejos de AEspA*, XXXV, 2 vols., IAM-CSIC, Mérida.
- CELESTINO PÉREZ, S., RAFEL, N. y ARMADA, X. L. (eds.) (2008): *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII a.n.e.). La precolonización a debate*, CSIC, Madrid.
- CELESTINO PÉREZ, S. y RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E. (2017): “Tarteso en Extremadura”, *Revista de Estudios Extremeños*, LXXIII-I, pp. 13-56.
- CUADRADO DÍAZ, E. (1956): “Los recipientes rituales metálicos llamados braseros púnicos”, *Archivo Español de Arqueología*, XXIX, pp. 53-84.
- DELFINO, D., CRUZ, A., GRAÇA, A., GASPARGO, F. y BATISTA, A. (2014): “A problemática das continuidades e discontinuidades na Idade do Bronze do Médio Tejo Português”, en S. Soares Lopes (coord.): *A Idade do Bronze em Portugal: os dados e os problemas. Antrope*, 1, Instituto Politécnico de Tomar, Tomar, pp. 147-201.
- DELGADO HERVÁS, A. (2005): “La transformación de la arquitectura residencial en Andalucía occidental durante el Orientalizante: una lectura social”, en S. Celestino Pérez y J. Jiménez Ávila (eds.), pp. 585-594.
- (2013): “Households, Merchants, and Feasting. Socioeconomic Dynamics and Commoners’ Agency in the Emergence of the Tartessian World (Eleven to Eighth Centuries BC)”, en M.^a Cruz Berrocal, L. García y A. Gilman (eds.): *The Prehistory of Iberia. Debating Early Social Stratification and the State*, Routledge, Nueva York-Londres, pp. 311-336.

- DELIBES DE CASTRO, G. (2002): “Los torques de la Península Ibérica”, en M. Barril Vicente y A. Rodero Riaza (dir.), pp. 59-68.
- DÍAZ-GUARDAMINO URIBE, M. (2010): *Las estelas decoradas en la Prehistoria de la Península Ibérica*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- DUQUE ESPINO, D. M. (2001): “Estudio y evolución de un modelo territorial agrario: el poblamiento protohistórico en las Vegas Bajas del Guadiana”, *Norba. Revista de Historia*, 15 (1995), pp. 23-62.
- DUQUE ESPINO, D. M., RODRÍGUEZ, A. y PAVÓN, I. (2017): “El Tesoro de Berzocana: los rastros del hallazgo”, en A. Rodríguez Díaz, I. Pavón y D. M. Duque (eds.), 2007b, pp. 125-171.
- ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J. J. (1995): “El tesoro de la Edad del Bronce del Olivar del Melcón (Badajoz)”, *Homenaje a la Dra. Milagro Gil-Mascarell Boscà. Extremadura Arqueológica*, V, pp. 129-136.
- (2017): “Tesoros que se fueron. Piezas áureas del Calcolítico y Edad del Bronce que emigraron de Extremadura”, en A. Rodríguez Díaz, I. Pavón y D. M. Duque (eds.), 2007b, pp. 87-123.
- ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J. J., RODRÍGUEZ, A., y PAVÓN, I. (2001): *El Risco. Excavación de urgencia en Sierra de Fuentes (Cáceres) -1991 y 1993-. Memorias de Arqueología Extremeña*, 4, Editora Regional de Extremadura, Cáceres.
- ESCACENA CARRASCO, J. L. (1993): “De la muerte de Tartessos. Evidencias en el registro poblacional”, *Spal*, 2, pp. 183-218.
- (1995): “La etapa precolonial de Tartessos. Reflexiones sobre el ‘Bronce’ que nunca existió”, en D. Ruiz Mata (coord.): *Actas del Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular. Tartessos 25 años después (1968-1993)*, Jerez de la Frontera, pp. 179-214.
- (2017): “*Diis Taurum Sacrum*. Las joyas del Carambolo como atuendo litúrgico”, en A. Rodríguez Díaz, I. Pavón y D. M. Duque (eds.), 2017b, pp. 201-240.
- FERRER ALBELDA, E. y BANDERA, M.^a L. de la (2005): “El orto de Tartessos: la colonización agraria durante el Período Orientalizante”, en S. Celestino Pérez y J. Jiménez Ávila (eds.), pp. 565-574.
- FERRER ALBELDA, E., BANDERA, M.^a L. de la y GARCÍA, F. J. (2007): “El poblamiento rural protohistórico en el Bajo Guadalquivir”, en A. Rodríguez Díaz e I. Pavón Soldevila (eds.), pp. 195-224.
- FERRER MARTÍN, M. (2012): *Acrópolis sicilianas: rituales, comunidades y poderes (ss. X-V a. C.)*, Tesis doctoral, Universidad Pompeu Fabra, Barcelona.
- FIGUEIREDO, M. y MATALOTO, R. (2017): “Necrópoles rurales sidéricas do Baixo Alentejo setentrional: sociedad e mundo funerario nos Barros de Beja”, en J. Jiménez Ávila (ed.), 2017b, pp. 353-398.
- GARCÍA BELLIDO, A. (1960): “Inventario de los jarros púnicos tartessicos”, *Archivo Español de Arqueología*, 33 (101-102), pp. 44-63.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. (2003): *El poblamiento turdetano en el Bajo Guadalquivir*, Tesis doctoral, Universidad de Sevilla, Sevilla.
- GARCÍA SANJUÁN, L. (2006): “Funerary ideology and social inequality in the Late Prehistory of the Iberian South-West (c. 3300-850 cal BC)”, en P. Díaz del Río y L. García Sanjuán (eds.): *Social Inequality in Iberian Late Prehistory. BAR International Series*, 1525, Archaeopress, Oxford, pp. 149-169.

- (2011): “The warrior stelae of the Iberian South-west. Symbols of power in ancestral landscapes”, en T. Moore y X. L. Armada (eds.): *Atlantic Europe in the First Millennium AC. Crossing the Divide*, Oxford, pp. 534-557.
- GARCÍA SANJUÁN, L., WHEATLEY, D. W., FÁBREGA, P., HERNÁNDEZ, M.^a J. y POLVORINOS, A. (2006): “Las estelas de guerrero de Almadén de la Plata (Sevilla). Morfología, tecnología y contexto”, *Trabajos de Prehistoria*, 63-2, pp. 135-152.
- GARCÍA VUELTA, O. (2002): “Técnicas y evolución. Fabricación y materias primas en los torques”, en M. Barril Vicente y A. Rodero Rianza (dir.), pp. 31-45.
- GARCÍA-HOZ ROSALES, C., ÁLVAREZ ROJAS, A. (1991): “El Torrejón de Abajo, Cáceres”, *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990). Extremadura Arqueológica*, II, Mérida-Cáceres, pp. 199-209.
- GILLESPIE, S. D. (2000): “Lévi-Strauss. Maison à Société à Maisons”, en R. A. Joyce y S. D. Gillespie (eds.): *Beyond Kinship. Social and Material Reproduction in House Societies*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia, pp. 22-52.
- (2007): “When Is a House?”, en R. A. Beck, Jr. (ed.): *The Durable House. House Society Models in Archaeology*, Center for Archaeological investigations, Southern Illinois University, Carbondale. Occasional Paper 35, pp. 25-50.
- (2012): “El modelo de la ‘sociedad de Casas’ en la arqueología de la vida cotidiana: el caso de Chalcatzingo, Morelos”, en G. Acosta Ochoa (ed.): *Arqueologías de la vida cotidiana: espacios domésticos y áreas de actividad en el México antiguo y otras zonas culturales. VII Coloquio Pedro Bosch Gimpera*, UNAM e Instituto de Investigaciones Antropológicas, México, pp. 21-48.
- GÓMEZ TOSCANO, F. (2006): “La crisis del siglo VI a.C. en Tartessos: una lectura a través de las murallas de Huelva”, en M.^a C. Belarte Franco y Joan Sanmartí Gregó (eds.), pp. 71-77.
- (2017): “La orientalización de Huelva (siglos VIII-VI a.C.)”, en J. Jiménez Ávila (ed.), 2017b, pp. 531-536.
- GÓMEZ TOSCANO, F. y CAMPOS CARRASCO, J. (2008): “El Bronce Final preferencio en Huelva según el registro arqueológico del Cabezo de San Pedro. Una revisión cuarenta años después”, *Complutum*, 19-1, pp. 121-138.
- (2009): “Huelva en al año 1000 a.C., un puerto cosmopolita entre el Atlántico y el Mediterráneo”, *Gerión*, 27-1, pp. 33-65.
- GONZÁLEZ CORDERO, A. (2015): “La Edad del Bronce en el Campo Arañuelo”, *Actas de los XXI Coloquios Histórico Culturales del Campo Arañuelo*, Navalmoral de la Mata, pp. 107-158.
- GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, A., SAN ROMÁN, T. y VALDÉS, R. (2000): *Tres escritos introductorios al del parentesco y una bibliografía clásica general*, Universidad Autónoma de Barcelona, Bellaterra, Barcelona.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2006): “House societies vs. kinship-shaped societies: an archaeological case for Iron Age Europe”, *Journal of Anthropological Archaeology*, 25, pp. 144-173.
- (2007): “La vida social de los objetos castreños”, en F. J. González García (ed.): *Los pueblos de la Galicia céltica*, Akal, Madrid, pp. 259-322.
- (2009): “Economía política y tecnología del espacio: ‘sociedades de Casa’ en el noroeste de la Península Ibérica (ss. II a.C.-I d.C.)”, en M.^a C. Belarte Franco (ed.), pp. 225-243.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A. y RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M.^a L. (2016): “House Societies in the Ancient Mediterranean (2000-500 BC)”, *Journal of World Prehistory*, 29-3, Issue 4, pp. 383-437.
- GODDEN, C. y MARSHALL, Y. (1999): “Biography of objects”, *The cultural biography of objects. World Archaeology*, 31-2, pp. 169-178.

- HARRISON, R. J. (2004): *Symbols and Warriors. Images of the European Bronze Age*, Western Academic & Specialist Press Limited, Bristol.
- IZQUIERDO DE MONTES, I. (1998): “La cabaña circular en el mundo tartésico. Consideraciones sobre su uso como indicador étnico”, *Zephyrus*, 51, pp. 277-288.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. (1997): “Cancho Roano y los complejos monumentales post-orientalizantes del Guadiana”, *Complutum*, 8, pp. 141-160.
- (2002): *La toréutica orientalizante en la Península Ibérica. Bibliotheca Praehistorica Hispana*, 16. *Studia Hispano-Phoenicia*, 2, RAH, Madrid.
- (2009): “Modelos arquitectónicos en la protohistoria del suroeste peninsular: edificios ‘en tridente’”, en P. Mateos Cruz, S. Celestino, A. Pizzo y T. Tortosa (eds.): *Santuarios, oppida y ciudades: arquitectura sacra en el origen y desarrollo urbano del Mediterráneo occidental*, *Anejos AEspA*, XLV, IAM-CSIC, Mérida, pp. 89-100.
- (2012): “Muerte y transfiguración: cremaciones, hecatombes y sacrificios en el final de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz)”, *Menga. Revista de Prehistoria de Andalucía*, 3, pp. 187-207.
- (2017a): “Ancha es Tartessos. El Periodo Orientalizante (siglos VIII-VI a.C.) en el tramo extremeño del Guadiana”, en J. Jiménez Ávila (ed.), 2017b, pp. 69-106.
- (2017b) (ed.): *Sidereum Ana III. El río Guadiana y Tartessos. Serie Compacta*, 1/2016, Consorcio de la Ciudad Monumental de Mérida, Mérida.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J., BUSTAMANTE, M. y GARCÍA, M. (eds.) (2013): *VI Encuentro de Arqueología del suroeste peninsular*, Exmo. Ayuntamiento de Villafranca de los Barros (Badajoz), Villafranca de los Barros.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. y HERAS MORA, F. J. (2017): “La ocupación orientalizante de la Escuela de Hostelería de Mérida”, en J. Jiménez Ávila (ed.), 2017b, pp. 107-129.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. y GUERRA MILLÁN, S. (2012): “El Bronce Final en Medellín. Estudio preliminar del corte SMRO”, en J. Jiménez Ávila (ed.): *Sidereum Ana II. El río Guadiana en el Bronce Final. Anejos de Archivo Español de Arqueología*, LXII, IAM-CSIC, Madrid, pp. 65-110.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. y ORTEGA BLANCO, J. (2001): “El poblado orientalizante de El Palomar (Oliva de Mérida, Badajoz)”, en D. Ruiz Mata y S. Celestino Pérez (eds.), pp. 227-248.
- (2008): “El Torrejón de Abajo. Un yacimiento orientalizante periurbano de Cáceres”, en P. Sanabria Marcos, (ed.): *Arqueología urbana de Cáceres. Investigaciones e intervenciones recientes en la ciudad de Cáceres y su entorno. Publicaciones del Museo de Cáceres. Memorias*, 7, Cáceres, pp. 83-113.
- KALB, P., 1991: “Die Goldringe vom Castro Senhora da Guia, Baiões (Co. Sao Pedro do Sul), Portugal”, *Festschrift für Wilhelm Schüle zum 60. Geburtstag*, Marburg, pp. 185-200.
- KISTLER, E., ÖHLINGER, B., DAUTH, TH., IROVEC, R. y WIMMER, B. (2017): “*Archaika* as a Resource. The Production of Locality and Colonial Empowerment on Monte Iato (Wester Sicily) around 500 BC”, en A. K. Scholz, M. Bartelheim, R. Hardenberg y J. Staecker (eds.): *ResourceCultures. Sociocultural Dynamics and the Use of Resources-Theories, Methods, Perspectives*, Universität Tübingen, Tübingen, pp. 159-175.
- KNAPP, B. y van DOMMELEN, P. (eds.) (2014): *The Cambridge Prehistory of the Bronze & Iron Age Mediterranean*, Cambridge University Press, Nueva York.
- KOPYTOFF, I. (1986): “The Cultural Biography of Things: commoditization as process”, en A. Appadurai (ed.), pp. 64-91.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1979): *La vía de las máscaras*, edición consultada 9ª, Siglo XXI Editores, Méjico DF, 2011.

- LÓPEZ PARDO, F. (1990): “Sobre la función del edificio singular de Cancho Roano”, *Gerión*, 8, pp. 141-162.
- MALUQUER DE MOTES NICOLAU, J. (1981): “El santuario protohistórico de Zalamea de la Serena (Badajoz)”, en J. Maluquer de Motes Nicolau, M.^a E. Aubet Semmler (eds.): *Andalucía y Extremadura. Programa de Investigaciones Protohistóricas*, IV, Barcelona, pp. 225-409.
- (1983): *El santuario protohistórico de Zalamea de la Serena, Badajoz, II. 1981-1983. Programa de Investigaciones Protohistóricas*, V, Barcelona.
- MALUQUER DE MOTES NICOLAU, J., CELESTINO, S., GRACIA, F. y MUNILLA, G. (1986): *El santuario protohistórico de Zalamea de la Serena, Badajoz, III. 1983-1986. Programa de Investigaciones Protohistóricas*, XVI, Barcelona.
- MATOLOTO, R. (2004): *Un “monte” da Idade do Ferro na Herdade do Sapatoa: ruralidade e povoamento no I milenio a. C. do Alentejo Central. Trabalhos de Arqueologia*, 37, Instituto Português de Arqueologia, Lisboa
- (2009): “Através dos campos: arquitectura e sociedade na Idade do Ferro alto alentejana”, en M.^a C. Belarte Franco (ed.), pp. 281-298.
- (2010-11): “Os Senhores da Terra: necrópoles e comunidades rurais do território alto alentejano do sécs. VI-V a.C.”, *Arqueologia e História*, 62-63, pp. 77-100.
- MEDEROS MARTÍN, A. (1997): “Nueva cronología del Bronce Final en el occidente de Europa”, *Complutum*, 8, pp. 73-96.
- MEDEROS MARTÍN, A. y HARRISON, R. J. (1996): “Patronazgo y clientela. Honor, guerra y festines en las relaciones sociales de dependencia del Bronce Final Atlántico en la Península Ibérica”, *Pyrenae*, 27, pp. 31-52.
- MÉLIDA ALINARI, J. R. (1921): *Tesoro de Aliseda. Noticias y descripción de las joyas que lo componen*, Museo Arqueológico Nacional, Fototipias de Hauser y Menet, Madrid.
- MENÉNDEZ MENÉNDEZ A., SANABRIA, D., SÁNCHEZ HIDALGO, F., GIBELLO, V. y JIMÉNEZ, J. (2013) “La necrópolis Orientalizante de Valdelagrulla (Medellín, Badajoz). Datos preliminares”, en J. Jiménez Ávila, M. Bustamante y M. García (eds.), pp. 909-1029.
- PAVÓN SOLDEVILA, I. (1998): *El tránsito del II al I milenio a.C. en las cuencas medias de los ríos Tajo y Guadiana: la Edad del Bronce*, Servicio de Publicaciones de la UEX, Cáceres.
- (2010): “‘Nunca fuimos héroes’. A propósito de una percepción europea de las estelas extremeñas”, *El arte en tiempos de cambio y crisis. XI Jornadas de Historia en Llerena*, Sociedad Extremeña de Historia, Llerena, pp. 71-85.
- PAVÓN SOLDEVILA, I. y DUQUE ESPINO, D. M. (2010): “La nueva estela de guerrero de Las Bodeguillas (Esparragosa de Lares, Badajoz) y el paisaje cultural del final de la Edad del Bronce en La Serena”, *Spal*, 19, pp. 111-128.
- (2014): “40 años de Bronce del Suroeste: aportaciones desde su periferia extremeña”, *Revista de Estudios Extremeños*, LXX-I, pp. 35-66.
- PAVÓN SOLDEVILA, I., DUQUE, D. M. y RODRÍGUEZ, A. (2017): “La cuenca extremeña del Tajo en la Edad del Bronce: una periferia atlántico-mediterránea”, *Ha 70 años da descoberta do Castelo Velho do Caratão. Série Monográfica Arkeos*, 41, Instituto Terra e Memória, Maçao-Tomar, pp. 93-106.
- PAVÓN SOLDEVILA, I. y RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (2007): “Campo y ciudad en la ‘protohistoria extremeña’: conceptos y criterios investigadores”, en A. Rodríguez Díaz e I. Pavón Soldevila (eds.), pp. 11-44.

- PAVÓN SOLDEVILA, I., RODRÍGUEZ, A. y DUQUE, D. M. (2013): *Crónicas de las exploraciones arqueológicas de 1930 en “La Mata” (Campanario, Badajoz)*, Fondo Cultural “Valeria”, Ayuntamiento de Campanario y G.I. Pretagu, Mérida.
- PEREA CAVEDA, A. (1991): *Orfebrería prerromana. Arqueología del oro*, Caja de Madrid y Comunidad de Madrid, Madrid.
- (2005) “Mecanismos identitarios y de construcción del poder en la transición Bronce-Hierro”, *Trabajos de Prehistoria*, 62-2, pp. 91-104.
- (2006): “Entre la metáfora y el mito. La representación simbólica de lo femenino”, *MARQ Arqueología y Museos*, 01, pp. 49-68.
- PEREA CAVEDA, A., GARCÍA, O. y FERNÁNDEZ, C. (2010): *El Proyecto AU. Estudio arqueométrico de la producción de oro en la Península Ibérica. Bibliotheca Praehistorica Hispana*, XXVII, CSIC, Madrid.
- PRADOS MARTÍNEZ, F. (2010a): “La arquitectura sagrada: un santuario del siglo IX A.C.”, en L. Berrocal Rangel y A. Carlos Silva (eds.), pp. 259-276.
- (2010b): “Una propuesta de caracterización de las llamadas *regiae* ibéricas. Comercio, religión y control territorial a partir de un modelo arquitectónico”, *Lucentum*, XXIX, pp. 57-80.
- RIVA, C. (2011). *La urbanización de Etruria. Prácticas funerarias y cambio social, 700-600 a.C.*, Bellaterra, Barcelona.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (1994): “Algunas reflexiones sobre el fin de Tartessos en la Cuenca Media del Guadiana: la crisis del Cuatrocientos y el desarrollo de la Beturia”, *CuPAUAM*, 21, pp. 9-34.
- (2004) (ed.): *El edificio protohistórico de La Mata (Campanario, Badajoz) y su estudio territorial*, Servicio de Publicaciones de la UEX, Cáceres.
- (2009): *Campesinos y “señores del campo”. Tierra y poder en la protohistoria extremeña*, Bellaterra, Barcelona.
- (2010): “Colonizaciones agrarias” y procesos regionales en la protohistoria del Suroeste de la Península Ibérica”, *Bollettino di Archeologia on line I*, Volume speciale A/A1/6, pp. 47-63.
- (2014): “Landscapes and Seascapes of Southwest Iberia in the First Millenium BC”, en B. Knapp y P. van Dommelen (eds.), pp. 488-505.
- (E.p.): “Power, Ideology and Identity in the ‘Tartessian Southwest’: The ritual context of the Aliseda Treasure (Cáceres-Extremadura, Spain)”, *An International Congress The Production of Locality and Empowerment in the Archaic Western Mediterranean*, Innsbruck, 8-11 May 2017.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A., CHAUTÓN, H. y DUQUE, D. M. (2006): “Paisajes rurales protohistóricos en el Guadiana Medio: Los Caños (Zafra, Badajoz)”, *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 9-1, pp. 71-113.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A., DUQUE, D., PAVÓN, I. (eds.) (2009): *El caserío de Cerro Manzanillo (Villar de Rena, Badajoz) y la colonización agrícola orientalizante en el Guadiana Medio. Memorias de Arqueología Extremeña*, 12, Consejería de Cultura y Turismo de la Junta de Extremadura, Mérida.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. y ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J. J. (2001): *Extremadura tartésica. Arqueología de un proceso periférico*, Bellaterra, Barcelona.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. y ORTIZ ROMERO, P. (1998): “La Mata de Campanario (Badajoz): un nuevo ejemplo de ‘arquitectura de prestigio’ en la Cuenca Media del Guadiana”, en A. Rodríguez Díaz (coord.): *Extremadura Protohistórica: Paleoambiente, Economía y Poblamiento*, Servicio de Publicaciones de la UEX, Cáceres, pp. 201-246.

- RODRÍGUEZ DÍAZ, A., ORTIZ, P., PAVÓN, I. y DUQUE, D. M. (2014a): *El tiempo del Tesoro de Aliseda, I. Historia e historiografía del hallazgo*, Tagus, Cáceres.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. y PAVÓN SOLDEVILA, I. (1999): *El poblado protohistórico de Aliseda (Cáceres). Campaña de 1995*, Ayuntamiento de Aliseda-Consejería de Cultura de la Junta de Extremadura, Mérida.
- (2007) (eds.): *Arqueología de la tierra. Paisajes rurales de la protohistoria peninsular*, Servicio de Publicaciones de la UEX, Cáceres.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A., PAVÓN, I. y DUQUE, D. M. (2010): “Población, poblamiento y modelos sociales de la Primera Edad del Hierro en las cuencas extremeñas del Guadiana y Tajo”, *Arqueología de la Población. Arqueología Espacial*, 28, pp. 41-64.
- (2011) (eds.): *El poblado prerromano de Entrerriós (Villanueva de la Serena, Badajoz). Campaña de 2009. Memorias de Arqueología Extremeña*, 13, Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Extremadura y Cajasol, Mérida.
- (2015) (eds.): *El tiempo del Tesoro de Aliseda, II. Aproximación a su contexto arqueológico*, Tagus y G.I. PRETAGU, Cáceres.
- (2016): “Jerarquía y heterarquía en las cuencas extremeñas del Guadiana y Tajo durante el Periodo Orientalizante”, en M.^a C. Belarte Franco, D. García y J. Sanmartí (eds.), pp. 295-313.
- (2017a): “Aproximación al contexto de las joyas de Aliseda: reinventando la tradición”, en A. Rodríguez Díaz, I. Pavón y D. M. Duque (eds.), 2017b, pp. 275-316.
- (2017b) (eds.): *Historias de Tesoros, Tesoros con Historia*, Servicio de Publicaciones de la UEX y Secretaría General de Ciencia, Tecnología e Innovación de la Consejería de Economía e Infraestructura de la Junta de Extremadura, Cáceres.
- (E.p.): “La Casa aristocrática de La Mata (Campanario, Badajoz), una célula de poder rural en el Guadiana Medio (siglos VI-V a.C.)”, *Congreso Internacional Palacios Protohistóricos en el Mediterráneo Occidental*, Jaén, 25-27 de noviembre de 2013.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A., PAVÓN, I., DUQUE, D. M. y ORTIZ, P. (2007): “La ‘señorialización del campo’ posttartésica en el Guadiana Medio: el edificio protohistórico de La Mata (Campanario, Badajoz) y su territorio”, en A. Rodríguez Díaz e I. Pavón Soldevila (eds.), pp. 71-101.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A., PAVÓN, I., DUQUE, D. M., PONCE DE LEÓN, M., HUNT, M. y MERIDETH, C. (+) (2013): “La explotación tartésica de la casiterita entre los ríos Tajo y Guadiana: San Cristóbal de Logrosán (Cáceres)”, *Trabajos de Prehistoria*, 70-1, pp. 95-113.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A., PAVÓN, I., DUQUE, D. M., HUNT, M., PONCE DE LEÓN, M., VÁZQUEZ, J., MÁRQUEZ, J. M. y RODRÍGUEZ, J. (2014b): “La minería protohistórica en Extremadura: el caso del estaño en el Cerro de San Cristóbal de Logrosán (Cáceres)”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada*, 24, pp. 167-201.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A., PAVÓN, I., MERIDETH, C. y JUAN, J. (2001): *El Cerro de San Cristóbal, Logrosán, Extremadura, Spain. The archaeometallurgical excavation of a Late Bronze Age tin-mining and metalworking site*, British Archaeological Reports, International Series 922, Archaeopress, Oxford.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E. (2016): *El reflejo de Tartesos en la periferia del Guadiana*, Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E. y CELESTINO PÉREZ, C. (2017a): “El valle medio del Guadiana durante la I Edad del Hierro: una nueva lectura sobre su organización territorial”, en S. Celestino Pérez y E. Rodríguez González (eds.): *Territorios comparados: los valles del Guadalquivir, el Guadiana y el Tajo en época tartésica. Anejos de AEspA*, LXXX, IAM-CSIC, Mérida, pp. 213-236.

- (2017b): “Las estancias de los dioses: la habitación 100 del yacimiento de Casas del Turuñuelo (Guareña, Badajoz)”, *CuPAUAM*, 43, pp. 179-194.
- RUFETE TOMICO, P. (2002): *El final de Tartessos y el periodo turdetano en Huelva. Huelva Arqueológica*, 17, Diputación de Huelva, Huelva.
- RUIZ MATA, D. y CELESTINO PÉREZ, S. (eds.) (2001): *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*, CEPO-CSIC, Madrid.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A. (1997): “Desarrollo y consolidación de la ideología aristocrática entre los iberos del sur”, en R. Olmos Romera y J. A. Santos Velasco (eds.): *Iconografía Ibérica, Iconografía Itálica: propuestas de interpretación y lectura. Serie Varia*, 3, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, pp. 61-71.
- (2000): “El concepto de clientela en la sociedad de los príncipes”, en C. Mata Parreño y G. Pérez Jordà (eds.): *Ibers. Agricultors, artesans i comerciants. III Reunió sobre Economia en el Món Ibèric. Saguntum*, Extra 3, pp. 11-20.
- (2009): “Identidad social y príncipes: el caso ibero del Alto Guadalquivir”, *Arqueología Espacial*, 27, pp. 113-129.
- (2017): “Las funciones de la Dama ibera en la ‘Casa’ aristocrática”, *Saguntum-PLAV*, 19, pp. 185-199.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A. y MOLINOS MOLINOS, M. (2007a): “El Ibérico Antiguo en Andalucía oriental: el fin de un sueño”, en M.^a C. Belarte Franco y J. Sanmartí Gregó (eds.), pp. 11-24.
- (2007b): *Iberos en Jaén*, Centro Andaluz de Arqueología Ibérica, Jaén.
- RUIZ RODRÍGUEZ, A., MOLINOS, M. y RÍSQUEZ, C. (2016): “Aristócratas iberos del sur: príncipes de trigo y vino”, en M.^a C. Belarte Franco, D. García y J. Sanmartí (eds.), pp. 273-293.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M.^a L. (1984): *La Península Ibérica y sus relaciones con el círculo cultural atlántico*, Universidad Complutense de Madrid.
- (1992): “La novia vendida: orfebrería, herencia y agricultura en la protohistoria de la Península Ibérica”, *Spal*, 1, pp. 219-252.
- (1998): *La Europa atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa occidental*, Crítica, Barcelona.
- (2005): “*Der Fliegende Mittlemeermann*. Piratas y héroes en los albores de la Edad del Hierro”, en S. Celestino Pérez y J. Jiménez Ávila (eds.), pp. 251-275.
- (2013): *Con el fenicio en los talones. Los inicios de la Edad del Hierro en la cuenca del Mediterráneo*, Bellaterra, Barcelona.
- (2014a): “Before ‘The Gates of Tartessos’: Indigenous knowledge and exchange networks in the Late Bronze Age Far West”, en B. Knapp y P. van Dommelen (eds.), pp. 196-214.
- (2014b): “The Atlantic Iberia: a threshold between East and West”, en M. Almagro Gorbea (ed.): *Iberia. Protohistory of the far west of Europe: from the Neolithic to Roman Conquest*, Burgos, pp. 161-180.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M.^a L. y GALÁN DOMINGO, E. (1991): “Las estelas del Suroeste como hitos de vías ganaderas y rutas comerciales”, *Trabajos de Prehistoria*, 48, pp. 257-273.
- SANABRIA MURILLO, D. (2008): *Paisajes rurales protohistóricos en el Guadiana Medio: “El Chaparral”*. *Memorias de Arqueología Extremeña*, 10, Consejería de Cultura y Turismo de la Junta de Extremadura, Mérida.
- SANABRIA MURILLO, D., SÁNCHEZ, F., MENÉNDEZ, A. y GIBELLO, V. (2013): “Nuevos datos para el conocimiento de la Segunda Edad del Hierro en la Beturia Túrdule. El yacimiento de El Espadañar (Quintana de la Serena, Badajoz)”, en J. Jiménez, M. Bustamante y M. García (eds.), pp. 1.245-1.273.

- SÁNCHEZ HIDALGO, F., SANABRIA, D., MENÉNDEZ, A., GIBELLO, V. M. y JIMÉNEZ, J. (2013): “Entre Cancho Roano y La Mata: la estación rural post-orientalizante de La Carbonera (La Guarda-Campanario, Badajoz)”, en J. Jiménez Ávila, M. Bustamante y M. García (eds.), pp. 1.097-1.132.
- SEVILLANO PEREA, L. A., MAYORAL, V., SALAS, E., LICERAS, E. y HERAS, F. J. (2013): “Detectando prácticas agrarias antiguas en el territorio sur de Medellín. La expresión material de las actividades agrícolas protohistóricas del Suroeste peninsular”, en J. Jiménez Ávila, M. Bustamante y M. García (eds.), pp. 1.031-1.063.
- SOS BAYNAT, V. (1977): “Los hallazgos prehistóricos de Logrosán (Cáceres)”, *Revista de Estudios Extremeños*, XXXIII-2, pp. 261-286.
- SUÁREZ PADILLA, J. y MÁRQUEZ ROMERO, J. E. (2014): “La problemática de los fondos de cabaña en el marco de la arquitectura protohistórica del sur de la Península Ibérica”, *Menga. Revista de Prehistoria de Andalucía*, 5, pp. 199-225.
- SUÁREZ DE VENEGAS SANZ, J. (1986): *Carta arqueológica y análisis de la evolución del asentamiento de las Vegas Altas. Hoja del MTN de Don Benito*, Memoria de licenciatura, Universidad de Extremadura, Cáceres.
- TORELLI, M. (1996): *Historia de los etruscos*, Crítica, Barcelona.
- TORRES ORTIZ, M. (2002): *Tartessos. Bibliotheca Archaeologia Hispana*, 14, Real Academia de la Historia, Madrid.
- (2005): “¿Una colonización tartésica en el interfluvio Tajo-Sado durante la Primera Edad del Hierro?”, *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 8-2, pp. 193-213.
- VILAÇA, R. (1998): “Hierarquização e conflito no Bronze Final da Beira Interior”, en S. Oliveira Jorge (ed.): *Existe uma Idade do Bronze Atlântico? Trabalhos de Arqueologia*, 10, Instituto Português de Arqueologia, Lisboa, pp. 203-217.
- VIVES-FERRÁNDIZ SÁNCHEZ, J. (2006): *Negociando encuentros. Situaciones coloniales e intercambios en la costa oriental peninsular (ss. VIII-VI a.C.)*. Cuadernos de Arqueología Mediterránea, 12, Bellaterra, Barcelona.
- (2013): “Del espacio doméstico a la estructura social en un oppidum ibérico. Reflexiones a partir de La Bastida de les Alcusses”, en S. Gutiérrez Lloret e I. Grau Mira (eds.): *De la estructura doméstica al espacio social. Lecturas arqueológicas del uso social del espacio*, Publicaciones UAL, Alicante, pp. 95-110.
- WALID SBEINATI, S. y NUÑO FONT, R. (2005): “Aplicaciones arqueográficas al estudio de las sociedades del Periodo Orientalizante: ¿quién construyó Cancho Roano?”, en S. Celestino Pérez y J. Jiménez Ávila (eds.), pp. 977-983.
- WEINER, A. (1992): *Inalienable Possessions: The Paradox of Keeping-While-Giving*, University of California Press, Berkeley.